LA NACION
Buenos Aires, domingo 6 de octubre de 1968

La política interna durante la presidencia de Mitre

Por Luis de Elizalde

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1968

Mitre regresa a su casa luego de haber entregado el mando a su sucesor, el 12 de octubre de 1868. (Oleo de Carlos Martínez)

EL programa de política interior aplicado durante la histórica presidencia del general Mitre —1862-1868— fue la respuesta del gobierno de la unidad nacional a los tres graves conflictos que convulsionaron nuestro país durante la mayor parte del siglo pasado.

El primero de esos conflictos fue la división de la sociedad argentina en dos bandos inconciliables; uno de ellos reclamaba el gobierno legal y representativo, donde el ciudadano goza de derechos inalienables que la ley le asegura; el otro sólo anhelaba el poder omnímodo del caudillo providencial. Ambas facciones —que iniciaron poco después de producirse la Revolución de Mayo una guerra civil que debía durar casi tres cuartos de siglo— recurrieron por igual a la crueldad y la violencia —rasgo invariable de toda lucha fratricida— pero existió sin embargo entre ellas una diferencia esencial que es preciso subrayar: la primera —llamémosla "principista" o "liberal"— persiguió denodadamente a sus contrincantes, nunca a sus partidarios; el general Lavalle no combatió a Rivadavia, ni el general Paunero a Sarmiento, ni el general Roca a Avellaneda. Del bando contrario —llamémoslo "personalista" o "populista"— no puede decirse precisamente lo mismo; Artigas fue eliminado por Ramírez; Ramírez por López; Quiroga por López y los Reinafé; Rosas por Urquiza, y este último por López Jordán. Esta diferencia marcada entre las dos facciones provenía de que para los "liberales" las ideas tenían a pesar de todo más importancia que los hombres, y las normas jurídicas, pese a la sangre y el odio, más prestigio que la ley del más fuerte, es decir, la ley de la selva, la única que conocieron los caudillos y sus montoneras. La consecuencia histórica de esta diferenciación fue decisiva; permitió que el bando liberal, debido a su solidaridad y a su coherencia, tuviera casi igual poder que el montonero, a pesar de su evidente inferioridad numérica. Esta circunstancia constituye una clave insustituíble para comprender las alternativas de nuestras luchas civiles y sobre todo su desmedida duración.

Los períodos de predominio de cada uno de los dos bandos están claramente delimitados: en 1820 todo el territorio, excepto la provincia de Buenos Aires, quedó bajo el poder de los caudillos; en 1835 la provincia marítima disfrutó a su vez de su propio amo providencial, Juan Manuel de Rosas, que no tardó en demostrar el propósito de extender su dominio a todo el país, lo que a primera vista no parecía improbable: Buenos Aires poseía ella sola la mitad de las riquezas de las desunidas provincias, y la casi totalidad de sus rentas fiscales, ya que era dueña del único puerto exterior del territorio y de los ingresos de su aduana, en una época en que el erario público no disponía prácticamente de otra fuente de recursos. Sin embargo, Rosas nunca pudo reducir a los adversarios del poder personal de los caudillos; su larga tiranía consistió en una lucha permanente contra la resistencia del bando liberal; desde 1838 a 1847 no hizo otra cosa que ahogar en sangre rebeliones y conspiraciones; en este último año, movido por recelos de autócrata, empezó a denostar abiertamente al que había sido hasta ese momento uno de sus más adictos lugartenientes, el general Urquiza, gobernador de Entre Ríos; el resultado fue ingrato para su destino; Urquiza concluyó por derrocarlo en Caseros.

La batalla de Caseros —librada el 3 de febrero de 1852— inicia una época confusa y contradictoria de nuestro pasado; la confusión y las contradicciones provenían en primer término de un solo hecho: de que Rosas, caudillo providencial de Buenos Aires, había sido eliminado del escenario público por otro caudillo providencial, el de Entre Ríos, de cuyo ejército habían formado parte muchos emigrados liberales. Al día siguiente de la victoria surgió la pregunta: ¿para qué hemos combatido?, ¿para concluir con un déspota o para eliminar el despotismo? La caída de Rosas —y con él la del aparato policial y terrorista que lo había sostenido durante tantos años— devolvió el gobierno en Buenos Aires al partido liberal al dilema que se planteaba, los liberales porteños contestaron terminantemente: hemos luchado para erradicar para siempre el despotismo de esta tierra desgarrada. En el campamento del general vencedor la respuesta era menos clara; Urquiza, a pesar de su abnegado deseo de imponer en el país el imperio del derecho, no quería —o no podía— borrar en un instante su larga actuación de caudillo; pretendió resolver el conflicto acudiendo a la quimera de tratar de imponer las instituciones libres con ayuda de la divisa punzó, lo que era tan razonable como predicar el cristianismo con la media luna del Islam. El problema recién pudo resolverse en 1861, en la batalla de Pavón, donde el general Mitre, gobernador de Buenos Aires, al derrotar al ejército confederativo, derrotó ante todo el irrealizable proyecto de lograr la unidad nacional con los adalides de la anarquía y el respeto de la ley con *"las lanzas y las masas"* del paisanaje. El liberalismo porteño quedaba con la palabra.

Desde el punto de vista en que nos hemos colocado, la posición de Mitre en ese momento crucial de nuestra historia puede resumirse brevemente: era la de Rosas, al revés. Había algo que permanecía invariable: el poder militar de Buenos Aires, su riqueza ganadera y mercantil; los recursos de su aduana marítima. Lo demás había cambiado por completo; la ciudad altiva ya no era el baluarte del despotismo sino, al contrario, el del *"imperio de los principios"*; en el interior del país, los defensores de la libertad, ultimados u oprimidos durante casi medio siglo, se levantaban en todas las provincias y recuperaban el mando, pidiendo en caso necesario la ayuda porteña, que, como es de suponer, no fue negada ni retaceada. La resistencia, por su parte, cambió de bando, pero no de intensidad; de un extremo al otro del territorio los derrocados caudillos preparaban su desquite, apoyados en silencio por la masa montaraz que sólo anhelaba el retorno del amo omnipotente y providencial. Semejante situación no ofrecía más que una salida política, la que se adoptó: los gobiernos de provincia y el gobernador de Entre Ríos —con una magnanimidad que convirtió a Urquiza en una de las figuras más nobles de nuestra historia—, designaron al gobernador de Buenos Aires "Encargado del Poder Ejecutivo Nacional"; su misión consistía primordialmente en convocar el Congreso y preparar la elección del nuevo gobierno constitucional. El 5 de octubre de 1862 el general Bartolomé Mitre era elegido presidente de la República y el 12 de ese mes ocupaba el sillón de Rivadavia, vacante desde 1827, y continuador del adoselado sitial de los virreyes españoles.

La rebelión de las montoneras se inició a principos del año 1862 y empezó a cobrar importancia en el otoño de 1863; emprendieron el movimiento los caudillos Ontiveros en San Luis, Clavero en Mendoza y Peñaloza en La Rioja; sus huestes invadieron San Juan, Catamarca, Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán y Salta, concluyeron a través de dramáticos episodios por ser vencidos a fines de 1863. Poco duró la paz interior: el 13 de abril de 1865 una cuadrilla paraguay atacó los barcos de guerra argentinos 25 de Mayo y Gualeguay, fondeados en el puerto de Corrientes, lo que se hizo sin advertencia previa y a la voz de "¡Maten!". La guerra del Paraguay, que así se iniciaba, fue en realidad, a pesar de su origen externo, el último acto —en su aspecto sociológico— del largo drama de nuestras guerras civiles. La agresión injustificable que padecimos sólo indignó entre nosotros al bando liberal; las montoneras asumieron en seguida la causa del agresor, que era para ellas su propia causa. En Entre Ríos, a pesar del prestigio que aureolaba a su gobernador vitalicio, desertaron en Basualdo y en Toledo las tropas que Urquiza pretendió enviar al frente de batalla; en el interior las levas se efectuaban luchando con la empecinada resistencia de la población. Buenos Aires fue en verdad el motor de esa guerra y su principal sostén; en un discurso célebre lo recordaría con orgullo Leandro Alem años después: "El pueblo de Buenos Aires —dijo— ha sido el primero en las grandes cruzadas de la Patria; el primero en la gloriosa epopeya de la emancipación; el primero en la memorable campaña del Paraguay. Allá iban llenos de contentamiento y entusiasmo sus guardias nacionales. Aquí no aparecieron resistencias ni motines, ni era necesaria la fuerza de línea para custodiar los *contingentes*" (1). El desastre sufrido por nuestras armas en Curupaytí —septiembre de 1866— dio la señal de un nuevo levantamiento de los caudillos en el interior; la situación llegó a ser tan grave que Mitre debió abandonar la dirección de la guerra para dirigir desde Buenos Aires el restablecimiento del orden en el país, lo que fue obtenido en los primeros meses de 1867. Al concluir su presidencia, en octubre de 1868, el dictador paraguayo Francisco Solano López estaba prácticamente derrotado, lo que significaba el ocaso definitivo entre nosotros de los caudillos montaraces; el primer objetivo en materia de política interna del gobierno de la unidad nacional quedaba así plenamente logrado.

El segundo de los conflictos históricos que debió enfrentar el gobierno del general Mitre fue el de "unitarios" y "federales", completamente distinto del de "liberales" y "montoneros" al que acabamos de referirnos; éste, como vimos, era sociológico; el otro, como veremos, geopolítico; ambos fueron a la vez simultáneos y superpuestos, lo que obliga a distinguirlos con claridad si se aspira a que el drama de nuestras guerras civiles deje de ser el punto más confuso de la historia de América, como lo es hasta ahora.

Los "unitarios", como su nombre lo indica con evidencia, querían que el país naciente formara una sola unidad política y administrativa; los "federales", aunque su nombre lo revela muy imperfectamente, pretendían erigir las provincias del antiguo virreinato del Río de la Plata en Estados independientes y soberanos, reunidos en confederación (2). El régimen unitario fracasó porque los caudillos no toleraron la subsistencia de un gobierno general que pudiera dominarlos; el confederativo, porque sumía en la ruina a las provincias interiores. En esa época los únicos recursos del erario público eran los derechos aduaneros redituados por el comercio exterior del país; ese tráfico internacional era usufructuado únicamente por la aduana marítima de Buenos Aires; si el territorio entero formaba una sola unidad, los ingresos de la aduana porteña pertenecían a todas las provincias; si cada una de ellas se erigía en Estado soberano —como pretendía el federalismo— era imposible impedir que Buenos Aires retuviera íntegramente el producto de su aduana, ya que es atributo inalienable de la soberanía de un Estado la disposición sin restricciones de los impuestos percibidos dentro de sus fronteras. Es preciso agregar que se ha calculado que el sesenta por ciento de las mercaderías que pasaban por la aduana porteña era adquirido o exportado por las provincias, lo que mide la proporción del despojo que sufrían (3).

Esa fue la otra pregunta que surgió después de Caseros: ¿para qué hemos combatido?, ¿para que Buenos Aires siga expoliando a todo el país como en tiempos de Rosas? El general vencedor contestó la pregunta por intermedio del Congreso Constituyente que había reunido en Santa Fe. La Constitución promulgada por esa asamblea el 1º de mayo de 1853 —después de afirmar en su artículo 1º que la "Nación Argentina adopta para su gobierno la forma representativa republicana federal— establecía en su artículo 3 que Buenos Aires sería declarada capital de la Confederación por una ley especial; esta ley, dictada por el Congreso Constituyente tres días después, el 4 de mayo, desmembraba la provincia marítima para atribuir a la capital confederativa todo el territorio comprendido entre lo que hoy se denomina Tigre y La Plata, por una lado, y Merlo y Coronel Brandsen, por otro; finalmente la Constitución, por su artículo 4, federalizaba la aduana de Buenos Aires. Esta agresión manifiesta a la autonomía de una provincia y a la integridad de su territorio significaba que para Urquiza y los congresistas de Santa Fe la única forma eficaz de lograr la distribución equitativa de los ingresos de la aduana porteña era adueñarse previamente de la ciudad y del puerto donde funcionaba, pero ni el uno ni los otros parecieron advertir que estas disposiciones legales convertían el proclamado federalismo de la Constitución de 1853 en una nueva *"máscara de Fernando VII"* que perturbó hondamente la vida política del país durante un largo período de tiempo. La provincia que inspira estas incongruencias doctrinarias no necesitó repudiarlas: previéndolas con lucidez, se había separado de sus hermanas unos meses antes, el 11 de septiembre de 1852; nuestro territorio quedó dividido en dos sectores: el "Estado de Buenos Aires" y la "Confederación Argentina"; en uno se proclamaba la secesión de Buenos Aires, en el otro su decapitación. Estas opiniones disímiles concluyeron en lucha armada, en la cual las tropas porteñas fueron derrotadas en Cepeda el 23 de octubre de 1859 y las confederativas sitiaron poco después la ciudad-puerto; Valentín Alsina, adalid porteño de la secesión, debió renunciar al cargo de gobernador que desempeñaba; Buenos Aires se obligó solamente a reintegrarse a la Confederación y jurar la Constitución de 1853. Pero el poder de la provincia marítima era tan grande que a pesar de su derrota militar obtuvo, por el Pacto del 11 de noviembre de 1859, el derecho de acatar la Constitución que la expoliaba siempre que la Confederación aceptara la reforma de algunos de sus artículos, y consintió en la federalización de la aduana de Buenos Aires bajo la condición expresa de que sus ingresos fueran destinados en primer término a asegurar durante cinco años el presupuesto porteño de 1859, incluyendo los gastos de su ejército y el servicio de su deuda interna y exterior. Los artículos reformados de la Constitución fueron muy pocos, dado que la única modificación que se perseguía fundamentalmente era la del tercero, que quedó así transformado: "Las autoridades que ejercen el Gobierno Federal residen en la ciudad que se declare Capital de la República por una ley especial del Congreso, previa cesión hecha por una o más Legislaturas Provinciales del territorio que haya de federalizarse". Esto significaba en buen romance que para los reformadores porteños la capital futura jamás estaría ubicada en Buenos Aires; en cuanto a la federalización de la aduada, la cláusula referida la convertía en un hecho puramente simbólico. En estas condiciones, la sumisión de Buenos Aires constituía con evidencia otra *"máscara de Fernando VII"*, que no tardó en producir su consecuencia natural: un nuevo encuentro armado, que se definió en Pavón el 17 de septiembre de 1861, donde el general Mitre, nuevo gobernador de Buenos Aires, al derrotar al ejército confederativo, derrotó también el irrealizable proyecto de decapitar una provincia y cercenar su territorio en nombre del federalismo y del respeto constitucional de las autonomías provinciales. La eliminación de ese impedimento, por obra de la victoria militar, aportaba una esperanza de solución: que el partido porteño que anhelaba la unificación del país, y cuyo conductor indiscutido era precisamente el general Mitre, asumiera su realización; ese fue el motivo de la elevación del gobernador de Buenos Aires a la presidencia de la República, concretada el 12 de octubre de 1862. El gobierno que Mitre encabezó durante esos seis dramáticos años no defraudó esa esperanza, excepto en un solo punto: la ubicación definitiva de la Capital Federal. Sin embargo, la imperfecta y precaria "Ley de Compromiso" —votada apresuradamente el 1º de octubre de 1862—, por la cual las autoridades nacionales y las provinciales coexistieron en Buenos Aiers, no creó inconvenientes graves durante esos seis años por el hecho de ser porteños el presidente y la mayoría de los ministros, y el gobernador de la provincia, Mariano Saavedra, un hombre caracterizado por su prudencia y su moderación.

El tercero de los graves conflictos que padeció nuestra tierra durante el siglo pasado fue el de "porteños" y "provincianos", que fue otra consecuencia del monopolio bonaerense de la única aduana marítima del país. Sin los derechos aduaneros que percibía Buenos Aires ese minúsculo hilo de agua, el arroyo del Medio, y sus afluentes, las cañadas de Cepeda y de Pavón, no se hubieran convertido en un *"limes romanus"* que separaba a los ricos de los pobres. No habría, pues, motivo de considerarlo en particular si no hubiera adquirido extrema significación al presentarse, al final de la presidencia de la unidad nacional, el delicado problema de la sucesión presidencial. El círculo de hombres públicos que rodeaba a Mitre sugirió como candidato a la futura presidencia al ministro de Relaciones Exteriores, Rufino de Elizalde. Los títulos que podían invocarse para elegirlo eran su indiscutida probidad, el acierto con que había desempeñado su cometido ministerial y la identificación completa con el programa del mandatario saliente que siempre lo había caracterizado, lo que no impedía que su candidatura fuera en ese momento desadecuada e inoportuna. El Partido Liberal, como vimos, gobernaba en todo el país, pero con extrema dificultad; la condición básica de supervivencia era la unidad; a pesar de su fervor por el *imperio de los principios*, los liberales provincianos recelaban del poder bonaerense; el aspecto sociológico de nuestras guerras civiles no había eliminado por completo de sus mentes las suspicacias geopolíticas; designar como candidato a la futura presidencia a un porteño *"pur sang"*, imagen viviente del predominio de Buenos Aires, constituía un desacierto, como lo demostraron los hechos posteriores. Mitre, consultado por José María Gutiérrez, contestó desde su campamento de Tuyú-Cué, en el Paraguay, que se abstendría de intervenir en la elección de su continuador, actitud que, por cierto, repitieron muy pocos de sus sucesores en la primera magistratura del país. La candidatura Elizalde ofrecía, sin embargo, una posibilidad promisoria: el Partido Liberal porteño se había dividido al producirse la violenta polémica que concluyó en la "Ley de Compromiso" a que aludimos anteriormente; un sector siguió apoyando el programa mitrista de propiciar la unidad nacional; otro se erigió en defensor exasperado de los privilegios provinciales y adoptó el nombre de Partido Autonomista. La elección de un candidato tan definidamente porteño hacía presagiar que los autonomistas —impulsados por su proclamado localismo— se unirían a los mitristas para apoyarlo; inesperadamente para el estudioso de hoy, sucedió exactamente lo contrario: el seno del Partido Autonomista surgió la candidatura provinciana de Sarmiento; el adalid de los autonomistas, Adolfo Alsina, se contentaba con ocupar el segundo término de la fórmula. La coalición de los liberales del interior y de los autonomistas de Buenos Aires aseguró el amplio triunfo de Sarmiento en el colegio electoral; el 12 de octubre de 1868, Mitre le transmitía las insignias presidenciales y la misión de continuar su obra civilizadora.

En estas reflexiones sólo me ha correspondido analizar el aspecto político de un período determinado de nuestra historia; no puedo sin embargo dejar de mencionar las trascendentales medidas culturales y económicas que lo caracterizaron; si los argentinos pudimos vivir desde entonces —salvo durante algunos años ingratos de este siglo— al amparo de la ley y en el goce de la libertad, si disfrutamos hoy del índice más bajo de analfabetismo que registra la América latina, y si en la casi totalidad de nuestro territorio no existen actualmente la desnutrición endémica y la explosión demográfica, lo debemos en primer término al histórico gobierno —inspirado y presidido por el general Mitre— que rigió el destino de esta tierra y de sus habitantes desde 1862 a 1868. ≠

(1) "Debates sobre la cuestión Capital en la H. Legislatura de la Provincia". Buenos Aires, 1881, ps. 95 y 96.

(2) Véase: "Instrucciones de Artigas a los diputados por la Banda Oriental a la Asamblea del Año XIII" y "Pacto Federal de 4 de enero de 1831" en: J. B. Lafont, "Historia de la Constitución Argentina". Buenos Aires, 1953. Tomo I, p. 506, y Tomo II, p. 127.

(3) *"Christie a lord Clarendon. 30-VII-1856"*, en: James R. Scobie, "La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina". Buenos Aires, 1964, p. 158.

El ministerio histórico

Por Alberto Rodríguez Galán

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1968

AL asumir Mitre la presidencia de la República el 12 de octubre de 1862 lejos estaban de desaparecer las tendencias que en Buenos Aires y en el interior pugnaban por hacer prevalecer en el gobierno federal sus intereses políticos y económicos.

Si bien se había alcanzado la unidad y al país lo regía una ley común, los autonomistas porteños y los liberales provincianos aguardaban con prevención los pasos iniciales de una administración cuyo titular, como encargado del Poder Ejecutivo nacional, había dado pruebas inequívocas de un obrar independiente y con sentido nacional.

Comenzaba la etapa definitiva y última de la organización de la Nación, y la unidad lograda con la victoria porteña debía posibilitar la vigencia de la Constitución Nacional por la conciliación de los partidos.

LAS TENDENCIAS POLITICAS

La cuestión capital —la discusión sobre la federalización de Buenos Aires— y la sanción de la ley del 25 de septiembre de 1862 que admitía la residencia de las autoridades nacionales en la metrópoli del Plata hasta que el Congreso adoptara una solución definitiva precipitan la división del Partido Liberal Porteño en nacionalistas y autonomistas, ahondando diferencias en lugar de motivar acuerdos.

No menos incierto era el panorama político en el resto del país. El Partido Liberal del interior ya había sufrido una escisión en las postrimerías del gobierno de Urquiza al intervenirse la provincia de San Juan en octubre de 1858, originándose dos vertientes: una inspirando un federalismo doctrinario, respetuoso de las autonomías provinciales, si bien con interpretación restricta de la Constitución Nacional, partidaria de un acercamiento con Buenos Aires. La otra, que respondía a Derqui, practicaba —al decir de Carlos Heras— una política oportunista, interviniendo en los problemas internos de las provincias y estando dispuesta a resolver por la guerra las diferencias con Buenos Aires. Después de Pavón persistirán ambas tendencias, denominándose liberal y federal, respectivamente.

Nacionalistas y autonomistas, liberales y federales, conformaban un cuadro nada propicio para la presidencia que comenzaba.

Pero Mitre, con anterioridad, ya había dado los lineamientos de la nueva política sintetizándola en tres palabras: nacionalidad, Constitución, libertad.

Conteste con su pensamiento y su responsabilidad histórica, posibilita con su apoyo la candidatura del doctor Marcos Paz para acompañarlo en la vicepresidencia de la República.

Da preeminencia así al Partido Liberal del interior sobre aspiraciones legítimas de eminentes personalidades del Partido Nacionalista.

El localismo porteño cede al interés nacional.

La elección del Dr. Marcos Paz —de vieja extracción federal— era la expresión de esa nueva política, probada luego con los ingentes servicios que el vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo prestará al país en ausencia de su titular durante la guerra con el Paraguay.

Superar dualismos, viejos resabios de nuestra antinomia unitaria-federal, que subyacen aún en 1862, era el presupuesto del ejercicio del poder político del presidente Mitre, y a ello atribuye Joaquín V. González su actitud al estimular y secundar a prohombres de la Confederación como Gorostiaga, del Carril y Pico, llamándolos a compartir el Gobierno desde los estrados de la Corte Suprema de Justicia.

La vicepresidencia ocupada por un hombre del interior, la Corte y la Procuración General de la Nación integrada con personalidades que no compartían su pensamiento, importaban toma de posición con abandono de todo esquema anterior.

EL GABINETE

Consecuente con este criterio, Mitre —por encima de los partidos— forma su Gabinete con lo más representativo de la ciencia y la cultura del país. Por decreto Nº 514, del 13 de octubre de 1862, nombra ministro del Interior al doctor Guillermo Rawson; de Relaciones Exteriores, al doctor Rufino de Elizalde; de Hacienda, al Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield; de Culto, Justicia e Instrucción Pública, al Dr. Eduardo Costa, y de Guerra y Marina, al general Juan Andrés Gelly y Obes, y fija por su artículo 6º el día 15, a las 12, para que los nombrados concurran a su despacho a prestar el juramento de ley.

Sarmiento desde San Juan le escribe a Rufino de Elizalde: "El ministerio del que usted forma parte es lo más alto, lo más lógico, lo más significativo que ha podido imaginar el general Mitre. Yo habría dado los mismos nombres sin discrepar en uno, y esto prueba que hay reglas para proceder".

Darán fe de ese procedimiento con una labor intensa y eficaz. Aún rigen en la República leyes orgánicas originadas en esta administración que integran el plexo jurídico delineado por la Constitución de 1853-1860. A partir de entonces la actividad social adquiere la especial ordenación y forma que importa para Heller la existencia y modo de ser concreto del Estado.

LA OBRA

Vélez Sarsfield, que ha jurado en último término —lo que el 16 de octubre—, es el primero que va a abandonar el Gabinete, el 19 de septiembre de 1863.

Con un déficit de veinticuatro millones sobre un presupuesto de treinta y cinco que encuentra al recibirse, sin régimen aduanero y con opiniones controvertidas sobre la forma de implantar un ordenamiento financiero, ofrece en seguida al presidente una memoria descriptiva de la situación existente y que aporta los medios para superarla mediante la adopción de un plan inteligente y audaz. La violenta oposición que despierta en la Cámara de Diputados precipita su retiro, no sin antes advertir a Mitre que ha establecido la administración de la hacienda nacional en todos sus ramos y que en pocos días serán sancionadas las leyes principales que deben aumentar la prosperidad del país y que prevén la consolidación de la deuda pública, el funcionamiento de los bancos y otras materias de primera importancia. Mitre —según Chaneton— ya le ha hecho justicia al abrir las sesiones del Congreso en mayo de ese año, porque "la parte más ardua de la empresa confiada a su talento quedaba realizada". Claro que en el Gabinete, puesto que el 20 de octubre de 1864 el Poder Ejecutivo lo designaba para redactar el Código Civil, "su obra máxima", que le permite al ministro Eduardo Costa, al dar cuenta de la labor de su ministerio al Congreso, significar la importancia de este cometido, así como también el del Dr. Carlos Tejedor, nombrado para proyectar el Código Penal.

En el Ministerio del Interior, Rawson consolidará institucionalmente al país bajo la ley suprema común, y, físicamente, uniendo los pueblos por medio de caminos. En la memoria de ese departamento de 1863 advierte que en la República no los hay ya que así no puede llamársele a las huellas profundas y sinuosas formadas no por el arte sino por el ir y venir de la gente.

Firma entonces el contrato con el empresario Wheelwright para la construcción del ferrocaril de Rosario a Córdoba. Comienza el tendido de las líneas del Este y Primer Entrerriano, que promoverán el desarrollo del Litoral. Fomenta la inmigración y establece colonias, como la galesa sobre las márgenes del río Chubut. Impulsa el progreso de los territorios nacionales, los que quedan determinados al fijarse los límites de las provincias. Levanta el primer censo nacional, establece el primer telégrafo eléctrico, el sistema métrico decimal y funda una oficina de estadística. Lleva a efecto esta obra sin omitir abordar con autoridad, novísimos y urticantes temas constitucionales. La discusión con Sarmiento sobre la facultad de los gobernadores para declarar el estado de sitio en su jurisdicción le permite ofrecer en la materia una aguda y ortodoxa interpretación de la Ley Fundamental de la República.

El canciller Rufino de Elizalde afirma las bases de nuestra política internacional. No concibe el panamericanismo para cualquier acción conjunta de fines defensivos sin la participación del Brasil y los Estados Unidos de Norteamérica. Comparte así las directivas de Mitre cuando afirmaba: "Argentino ante todo, el gobierno no dejará de ser americano y buen vecino", pero rechaza con el presidente que el precio de este acercamiento con los países hermanos importe el enfrentamiento con los de Europa. Veinticinco años más tarde Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña desarrollarán brillantemente esta política en la primera Conferencia Panamericana de Washington en 1889. La revisión del tratado con España que hizo posible la nacionalidad argentina de muchos ciudadanos es también parte de la labor del canciller de este gobierno, que sentó los lineamientos precursores de nuestra diplomacia.

En materia de educación, si cabe a Sarmiento el mérito de haber promovido la alfabetización del país por el afianzamiento de la escuela primaria, corresponde al presidente Mitre y a su ministro Eduardo Costa el haber organizado y puesto en funcionamiento la segunda enseñanza mediante la fundación de los colegios nacionales de Buenos Aires y las provincias. Todo ello sin olvidar que Eduardo Costa articula nuestro sistema jurídico al poner en ejercicio al Poder Judicial Federal y dotar al país de los códigos de fondo.

Como ministro de Guerra y Marina, el general Juan Andrés Gelly y Obes organizará las armas de la Nación, y como jefe del Estado Mayor y segundo jefe de Operaciones las llevará a la victoria en la guerra que se aproxima.

LA DELEGACION DEL MANDO

El 6 de mayo de 1865 el Congreso dicta la ley que autoriza a declarar la guerra al Paraguay.

(CONTINUA EN LA PAGINA 3)

La guerra del Paraguay

Por León Rebollo Paz

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1968

ANDABAN muy bien las cosas en el país al cabo de dos años de iniciada la presidencia de Mitre. Se iba afianzando la unidad de las catorce provincias, todas con gobiernos regulares y estables, que respondían a las directivas del Poder Ejecutivo nacional. Urquza, el gran adversario de otro tiempo, había depuesto antiguas animosidades y entrado francamente en una política de colaboración con Mitre. Con la muerte de Peñaloza, temible por su enorme prestigio en las campañas del interior, acababa de desaparecer una grave amenaza contra la estabilidad de las instituciones. Mitre fue ajeno, como se sabe, a ese desenlace, y hasta lo reprobó públicamente; ni una sola voz se alzó para incriminarle la muerte del caudillo, ni para insinuar que la había autorizado o justificado. Pero, sin duda, debió respirar tranquilo cuando tuvo noticias del episodio de Olta, que desvanecía, de manera inesperada, un verdadero peligro para la estabilidad de su gobierno.

Las finanzas del país, tan quebrantadas en los últimos años, se iban restableciendo bajo la experta conducción del ministro Vélez Sarfield y de su sucesor, Lucas González. En su mensaje del año 63 a la Asamblea Legislativa, Mitre daba la buena noticia de que los recursos ordinarios habían permitido atender las necesidades ordinarias y extraordinarias de la administración. Los ferrocarriles se extendían en vastos sectores del territorio nacional; la inmigración aumentaba; los tribunales de justicia comenzaban a funcionar en cumplimiento de leyes dictadas por el Congreso; los colegios nacionales se iban instalando en la mayoría de las provincias, al par que se difundían las escuelas primarias; la representación diplomática y los servicios consulares del país en el extranjero daban principio a una política internacional de vastas proyecciones. En sus mensajes al Congreso, en su correspondencia oficial y privada, en sus proclamas públicas, el presidente expresaba su legítima esperanza de que al terminar el período de seis años podría entregar a su sucesor una nación engrandecida y próspera, bien distinta de la que se había conocido hasta entonces.

Lo peor que podía ocurrir era una guerra, pues. Estábamos en paz con nuestros vecinos, pero preocupaban a Mitre los rasgos de carácter de Francisco Solano López, presidente del Paraguay. Niño mimado de la fortuna, general a los diez y ocho años, había regresado poco antes a su país de una viaje por Europa, donde fue recibido con curiosidad y simpatía y agasajado con largueza en la Corte Imperial de Napoleón III. La muerte de su padre le deparó el gobierno de su país sin esfuerzos, con la flúida naturalidad de las cosas lógicas. El noble pueblo paraguayo, dócil, disciplinado y bueno, se había habituado a una forma de vida bien distinta de la que imperaba en otros turbulentos pueblos de América. Acató durante años, sin pestañar, la sombría dictadura de Gaspar Rodríguez de Francia; vivió contento durante los años del gobierno laborioso de Carlos Antonio López; y ahora comenzaba una nueva vida, optimista y alucinante, al compás de las marchas marciales a que era tan afecto el nuevo mandatario, sucesor de su padre muerto, mariscal Francisco Solano López.

A este último todo le había salido bien. No conoció la lucha por la vida, ni las resistencias que entorpecen el quehacer cotidiano del hombre público, y que a veces malogran sus esfuerzos y desvanecen cruelmente sus sueños.

Imperaba en el Paraguay un sentimiento de respeto casi reverencial hacia la persona del presidente, que en los actos públicos se presentaba ante su pueblo rodeado de gran pompa y colorido. El fasto de la corte napoleónica, que acababa de contemplar con sus propios ojos, había influido en la vocación de grandeza que alimentaba el alma de Francisco Solano López. "El Semanario", único periódico del Paraguay, traducía aquellos sentimientos ante la opinión pública.

Las relaciones del Paraguay con nuestro país eran corteses, pero un poco solemnes. López era muy exigente en cuanto al trato y al protocolo. Cuando, en su correspondencia particular con Mitre, éste quiso imprimir a las cartas un tono más llano y amistoso, sin duda para acortar distancias, aquél acentuó el tratamiento estrictamente protocolar, significando muy claramente que no quería entrar en confianza. (1)

Claro que en las relaciones oficiales de gobierno a gobierno, y aun en la correspondencia privada entre ambos mandatarios, había que adaptarse a aquella modalidad. Pero los diarios de Buenos Aires, epigramáticos, irreverentes y burlones, tomaban a la chacota esos hábitos. Con la misma confianza y desenfado con que aludían a nuestros hombres públicos referíanse a López en sus comentarios y en sus críticas.

Esto enfurecía al gobernante paraguayo, habituado a las constantes apologías de "El Semanario". Sus agentes en el Plata, además, lejos de suavizar asperezas aumentaban su sensibilidad sobreexitada. Le faltó a López un representante diplomático de vuelo, de jerarquía y con independencia de juicio que le dijera la verdad, que le hiciera comprender que en Buenos Aires, por ese tiempo, la prensa llegaba a graves excesos y nadie tomaba a la tremenda sus extravíos; que los gritos de la calle y los brulotes de los diarios no representaban el sentir nacional ni mucho menos el pensamiento del Gobierno.

También se había hecho creer a López que existía un acuerdo secreto entre la Argentina y el Brasil para violar la soberanía del Paraguay. La intriga la confiesa paladinamente Herrera, canciller uruguayo, en carta a Vázquez Sagastume, su agente confidencial en Asunción: *"Conviene apasentar ante ese Gobierno serio temor de una inteligencia argentino-brasileña contra el Paraguay, que obraría contra éste después de triunfar en el Uruguay"*. (2)

En estas circunstancias, tan proclives a una crisis entre la Argentina y el Paraguay, se llega a la guerra entre este último país y el Brasil. Nuestra actual provincia de Misiones se interna, como una cuña, entre ambos beligerantes, y ambos desean cruzar su territorio para hostilizar al enemigo, por ser ese el camino más expedito.

(CONTINUA EN LA PAGINA 3)

El estafador se jubila

Para LA NACION **Por Enrique Anderson Imbert** CAMBRIDGE, MASSACHUSETTS, 1968

Ilustración de Rodolfo Castagna

I. CAPITELLUM

CONOCI a Dámaso Luna —sí, ése es su verdadero nombre— en una sala de conferencias de Buenos Aires. Alguien, no sé quién, me lo presentó. Yo acababa de llegar, con una beca para especializarme en literatura argentina. El verlo en ese sitio, y con un libro en la mano, me despistó: creí que era un profesor y me halagó que me invitara —a mí, mero estudiante norteamericano— a tomar un café. Ya casi nos habíamos hecho amigos cuando me confesó que si había ido a esa conferencia sobre historia del Tucumán era porque andaba buscando a un colega para retrovenderle ese libro que llevaba en la mano, pero que de intelectual él no tenía nada: "Soy —me dijo con desparpajo— un estafador jubilado". Y de un tirón me contó su vida.

II. CORPUS DELICTI

Yo tenía diez años, y caí como un chorlito. Le saqué a mi madre, de la lata de galletas donde la guardaba, toda la plata que se había ganado encajando horóscopos en el barrio, y se la di a un paisano a cambio de un alazán. Cuando ya me lo llevaba al trotecito me lo quitaron porque resultó que era de un vigilante que había estado tomando una copa en el almacén de la esquina. Fue la primera vez que me estafaron. Juré que sería la última. Más: que en adelante el estafador sería yo. He cumplido. El año pasado, sin ir más lejos, estafé a medio mundo. Pero no voy a aburrirlo con mis éxitos. Lo divertiré, más bien, con un fracaso.

Mi oficio me permite viajar. Mejor dicho, me obliga a viajar: es más fácil mudarse de casa que de cara. Hace unas semanas bajé del tren, en Tucumán, y me fui caminando hacia el centro, en busca de hotel. Al pasar por una plaza vi una librería. El dueño, en la puerta, argüía con un jugador de quinielas. Le pedí que me dejara consultar la guía de teléfonos y, sin interrumpirse, me indicó con la mano un escritorio, al fondo. Entré. A un costado, detrás de una estantería, un ratón gris, flaco, encorvado, orejudo, narigón y de enormes anteojos estaba leyendo. Justo cuando yo le echaba una mirada, él, a su vez, le echó otra al librero, que seguía de espaldas en la puerta, y, con un limpio do-re-mi-fa-sol, hizo desaparecer el volumen entre las ropas. Me le acerqué y le dije:

—Sígame.

El hombrecito dio un respingo.

—No se me asuste. Usted se ha escamoteado un libro, pero no lo voy a delatar. Sígame.

Por la calle lo fui interrogando. Se llamaba Luis Carboncillo. Era profesor de historia, pero lo destituyeron por firmar un manifiesto contra el gobierno. Ahora profesaba el corretaje de máquinas de lavar. Nunca había robado otra cosa que libros: cuando topaba con una obra rara, máxime si era de historia, no podía resistir y le hincaba la uña.

Mientras lo oía confirmé que Carboncillo podría servirme como socio. En mi oficio los cómplices suelen ser tan pícaros como uno; pero el tímido Carboncillo, profesor que de puro ingenuo había perdido su cátedra y de ratón de biblioteca había pasado a ratero de libros, me inspiró confianza. Puesto que él entendía de historia y yo no, pensé en una operación en que pudiésemos trabajar juntos. Recordé que en Buenos Aires siempre está de paso algún profesor extranjero que, subvencionado por su universidad, con dólares contantes y sonantes, adquiere venerables colecciones historiográficas. ¿Que esas colecciones proceden de un desfalco? ¡Bah! ¡Qué le importa! ¿Para qué se va a meter en averiguaciones, él, contrabandista de papeles? Todo lo que había que hacer, pues, era convencer al tal profesor de que un bibliotecario muerto de hambre, en una biblioteca de la ciudad de Tucumán —¡Tucumán, antiguo frente durante la colonia y hoy fondo olvidado del territorio nacional!—, estaba dispuesto a malversar ejemplares únicos y primeras ediciones. Alguien —¿quién mejor que Carboncillo?— tenía que preparar una bibliografía selecta, estimar el costo y describir la biblioteca y aun al bibliotecario por aquello de que a la mentira, para que pase, hay que disfrazarla con gran lujo de detalles.

Cuando le comuniqué mi plan, Carboncillo se me asustó. Que eso era estafar, me dijo. Le expliqué que las víctimas de una estafa reciben un merecido castigo: son codiciosos que esconden en el corazón las ganas de apoderarse de un bien ajeno. Al final aceptó. Me había dicho que era porteño y que, en este viaje a Tucumán, estaba parando en un hotel: aceptó también que compartiésemos los gastos de la misma habitación.

Apenas me instalé lo mandé a la biblioteca Alberdi, que era la que él me había recomendado. Horas después Carboncillo estaba de vuelta. Todo había salido a pedir de boca.

—Bueno. Ahora me escribe una especie de memorándum. Yo me voy a recorrer la ciudad —le dije, largándomelas de Harún al Raschid.

Antes de medianoche regresé al hotel. Cuando abrí la puerta, Carboncillo, que estaba leyendo, hizo el ademán de esconder el libro.

—¿Me escribió el informe?

—Ahí está, sobre la mesa.

Lo leí. Justo lo que yo necesitaba.

—Seré curioso —le dije—, cuando entré, ¿por qué quiso esconder ese librote que está leyendo?

Se lo arranqué de las manos. Era este que tengo aquí: *Relaciones de servicios de los conquistadores*.

—Usted se lo rapiñó en un momento en que el bibliotecario se distrajo. No me diga que no. Aquí se notan las raspaduras: usted borró el sello y el número de clasificación...

—Y... ya le dije que cuando veo un libro que me gusta no puedo resistir.

—¿Pero no se da cuenta que, por robarse una porquería como ésta, pudo haber arruinado mi plan, que es mucho más remunerativo?

—Para usted, que no se interesa en el valor de los libros, sino en su precio, estas *Relaciones* serán una porquería. Para mí, son impagables. Documentan cómo se vivía en esta región, en el siglo XVI...

No quise discutir. Me acosté y me dormí. Al día siguiente me despertaron los ronquidos de Carboncillo. Me fui a desayunar y compré el diario. De pronto me llamó la atención un aviso, en recuadro:

"Falta de una de nuestras colecciones el códice de las *Relaciones de servicios de los conquistadores*, de 1586. Recompensaremos con cien mil pesos a quien lo restituya. Aseguramos la más rigurosa discreción y reserva. Dirigirse al bibliotecario de la biblioteca Alberdi".

Recorté el aviso y, silbando *La cumparsita*, subí a paso de tango la escalera del hotel. Al entrar en la pieza vi que Carboncillo seguía en la cama, manoseando las *Relaciones*.

—¡Hola! ¿Ya despierto? —lo saludé con el tono más amistoso de que soy capaz—. El día está lindísimo. ¿Qué lee?

—Ya las leí: las *Relaciones*...

—¿Ah, sí? Y ¿qué tal? ¿Interesantes?

—Sí. Especialmente la del padre Alonso Barzana, con su violenta crónica de aquella española, bruja y ardiente, que cayó cautiva de los indios lules y terminó por capitanearlos en guerras de exterminio. ¡Se lee como un cuento!

—¿Qué piensa hacer con el libro, ahora que lo ha leído?

—Guardarlo.

—¿Por qué no me lo regala?

—¡Cómo! Si anoche, no más, dijo que era una porquería...

—Se lo dije por decir. No soy tan bruto como usted cree. Para que vea, se lo compro. Y le tendí un billete de mil pesos.

—No, no —exclamó casi ofendido—. Yo no pillo libros para venderlos. Me gusta conservarlos, releerlos. Además, este códice tiene un valor especial.

—¿Por qué "un valor especial"? —le pregunté disimulando mi sobresalto, pues temí que Carboncillo, avivado, se estuviera refiriendo a un valor pecuniario. Pero no. El infeliz sería un cleptómano, pero no un ladrón, y a mi "¿por qué?", respondió con este "porque":

—Porque me recordará para siempre el más audaz juego de manos de mi vida. Imagínese. Conseguí que me dieran acceso a la sección, prohibida, de libros raros. Cerraduras, candados... Y allí, al bibliotecario, que no me sacaba los ojos de encima, le birlé estas *Relaciones*. Hice caer un incunable, y cuando él, alarmado, se agachó a recogerlo y lo examinó para ver si se había dañado, yo me metí el códice bajo el saco...

—Mire; si lo guarda, alguien le va a hacer preguntas difíciles de contestar... Además, ese recuerdo puede enfermarse y convertirse en remordimiento. Ya se dio el gusto de robarlo y de leerlo... Ahora véndamelo. Se lo compro por dos mil pesos.

Carboncillo me miró, asombrado:

—¿Para qué lo quiere? Para usted no puede valer tanto.

—No, para mí, no. Pero cuando encuentre en Buenos Aires a un yanqui que quiera pagarme en dólares libros que no tengo conviene que por lo menos tenga una muestra, para engatusarlo.

—Me gustaría complacerlo, pero no puedo. De veras: no puedo. Antes de vendérselo preferiría restituirlo.

—¿Y si le doy tres mil?

—Usted no me comprende. No es el dinero...

—Cinco mil, entonces.

No aflojaba.

—Diez mil —y los puse sobre la mesa.

Cerró los ojos, ladeó la cabeza, apretó los labios, molesto por mi tozudez, pero cedió: "Bueno", dijo de mala gana, y tomó los billetes.

Media hora después yo estaba en la biblioteca Alberdi.

—Así que a ustedes se les ha perdido el códice de las *Relaciones de servicios* —le espeté al bibliotecario.

—No. ¿Quién le dijo?

—Este aviso. Cien mil pesos a quien lo devuelva —y le pasé el recorte.

—¡Hum! Yo no he puesto ese aviso. Ni yo ni nadie de la biblioteca. Espéreme un momentito.

Volvió con un volumen en la mano, muy semejante al mío.

—¿Ve? Aquí están las *Relaciones*.

—¿Y éstas? —dije yo, mostrándole las mías—. Me encontré el tomo en un banco de la plaza.

—Será una copia. Nosotros poseemos el manuscrito original.

Revisó mi libro y mientras lo revisaba se reía.

—¿De qué se ríe?

—Lo que usted tiene no es una copia: es una falsificación. ¿Sabe lo que creo? Que el falsificador fue Ricardo Jaimes Freyre.

—¿El poeta?

—El poeta, el historiador... Debió de haber copiado esto en los años en que era profesor, aquí, y preparaba las historias del Tucumán colonial que le había encargado la Universidad. Pero Jaimes Freyre no podía con su genio. Era un imaginativo. Poesías, dramas, cuentos, una novela... Del pasado le atraía lo anecdótico, lo pintoresco. Por lo visto resolvió falsificar documentos. Se copió nuestras *Relaciones*, pero modificándolas; por travesura, no por deshonestidad. Era amigo de Max Beerbohm y, siguiendo su ejemplo, se divertía fraguando supercherías literarias. No se necesita de ningún análisis químico, microscópico, paleográfico o estilístico para descubrir el fraude. Toque el papel. Vea, aquí, debajo de la tinta, ha quedado todavía un trazo a lápiz. ¡Qué interesante! —leyó en silencio durante unos minutos—. Oiga, todas estas páginas, sobre una hechicera que vive entre indios, son un cuento que Jaimes Freyre interpoló, imitando la letra y el estilo del original... Como materia historiográfica, este tomo no vale nada. Pero, en fin, yo podría hacer que se lo compren... Antes, hay que esperar unas semanas: no sea que se aparezca a reclamarlo quien lo dejó olvidado en el banco de la plaza... Y antes todavía hay que prender al impostor. Voy a denunciar este aviso apócrifo a la policía...

Oí "policía" y di fin a la entrevista. Aunque ya hacía rato que se me había caído la venda de los ojos, para completar el cuadro fui a la administración del diario. ¿Cómo era la persona que colocó el aviso? La descripción no falló: era el tímido Luis Carboncillo. Cuando llegué a mi cuarto ya Carboncillo se había hecho humo, dejándome como recuerdo toda la cuenta del hotel. Tomé el primer tren y aquí me tiene en Buenos Aires. El estafador, estafado. Más redonda mi carrera no puede ser. Comencé comprando el caballo de un vigilante y termino comprando un manuscrito fraudulento. ¿No le parece que hice bien en jubilarme?

III. CODA ACROSTICA

Esto es lo que Dámaso Luna me contó. Se franquea conmigo —pensé—, porque sabe que no lo voy a perjudicar.

Total, soy un estudiante extranjero que dentro de poco regresa a su país.

A mí, la verdad, el hombre me tenía sin cuidado: lo que me interesaba era su códice.

Falsificado y todo, yo lo quería tener.

Otros estafadores —pensé— se limitan a engañar a gente inexperta, y en eso demuestran ser inteligentes.

Pero este Dámaso Luna, que a los libros los conoce solamente por las tapas, ha querido estafar con libros nada menos que a bibliófilos y bibliotecarios.

La ignorancia no lo deja ser inteligente: con un poquito de educación literaria Luna hubiese podido prever que ese manuscrito que tenía ahí, sobre la mesa de café, por lo mismo que era una superchería de puño y letra de Ricardo Jaimes Freyre, iba a alborotar a los historiadores de las letras mucho más que unas "Relaciones de conquistadores", de las que hay montones.

Acá tenemos el caso —pensé— del estafador-estafado que ignora el tesoro que le ha caído en las manos.

Graduarse en la Universidad de Harvard es muy difícil y como el profesor argentino que me está torpedeando la tesis doctoral es un bibliómano, se me ocurrió una idea genial: sobornarlo con esa joya bibliográfica.

Inclinándome, pues, sobre el volumen, lo hojée con aire displicente y le dije a Luna:

"Antes de vendérselo a otro, véndamelo a mí".

"No vale un comino", me respondió el ex estafador, "y si todavía cargo con él es porque el día que tropiece con mi compinche Carboncillo se lo voy a devolver, haciendo que me reembolse con creces, pero si usted insiste en llevárselo, yo me conformo exactamente con lo que me costó, más el hotel y otros gastitos extras".

Di lo que me pidió y poco después regresé a Harvard.

Ofrecí el libro a mi profesor, pero me lo despreció.

"Amigo, lo han estafado, y se lo voy a probar", fueron sus palabras.

Oí, una por una, y cada vez más avergonzado, las pruebas de que el manuscrito ese era un centón de fragmentos copiados a tontas y a locas, no combinados por el arte de un escritor.

He decidido resarcirme de los dólares que me sacó Luna.

Espero, para ello, que por estas páginas me paguen bien.

No es tan fácil como parece, después de todo, el convertir un vulgar cuento del tío en un cuento literario.

Real y ficticio —ni más ni menos que cualquier otro timo— es este cuento del estafador que se jubila.

Yo, cuentista, timador, soy también ficticio y real.

Vigencia tiránica del antihéroe

Por Ulyses Petit de Murat

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1968

LA pupila del lector (Cristo del ojo, como quería Apollinaire en el poema *Zona*, que atraviesa con rabia y resplandor nuestro pequeño siglo) está sometida desde hace unas décadas a un singular y tedioso calvario. Nos referimos directamente a algo tan convencional como lo es uno de los cinco sentidos que nos han dado las escasas y hasta ahora poco clarificadoras investigaciones acerca del misterio de la percepción, porque en el fenómeno que nos proponemos analizar apenas si parece comprometido algo más substancial del ser pensante. Quizá gracias a eso puede mantenerse el despótico imperio del antihéroe, con el agregado de un pequeño compromiso para la sensibilidad y los nervios.

El factor desencadenante más visible es un pacífico erudito vecino de un apartado arrabal de Dublín. James Augustine Aloysius Joyce publica en 1922 su novela *Ulises*. Atosigado de literatura, padeciendo la angustia metafísica de las bibliotecas infinitas, redondas como el cero, realiza con ese libro una gigantesca tarea. Desmenuza las raíces del lenguaje. A la situación del hombre, vulnerado por filósofos y teólogos, la hace trizas con furiosa paciencia, genio negativo y un prodigioso juego estilístico. Las terribles palabras que su artista adolescente escribía en los lugares secretos, hacia 1916, en sólo seis años han crecido, consubstanciándose con la inopia turbia y lacerada que es su acre contestación a la pregunta en vano planteada por Kant: ¿qué es el hombre?

En un fresco poderoso y hasta el momento inigualado, Joyce se burla de la *Divina Comedia*, de Dante, de la *Comedia Humana*, de Balzac, de la más alta secuencia litúrgica, del periplo homérico de Ulises, de un pasado inabarcable que siente como una mera forma de las tantas corrupciones que se originan —para mayor desconcierto— en los trabajos de una entelequia total, el tiempo. Desata el viento negro de las fuerzas primarias y saca a la luz los cubículos donde se acurruca la fisiología para armar sin cortapisas su esquema del antihéroe.

Tal vez no son muchos los que han leído de verdad el *Ulises* de Joyce. Es un libro desalentador, pletórico de alusiones al complejo desarrollo de la monumental literatura británica (también al movimiento particular, al ritmo de cada órgano clasificado por la anatomía) y con muchos elementos solamente válidos para Rathgar, el suburbio que lo vio nacer. Pero todo el mundo lo conoce por esa trascendencia operativa propia del genio. En la actualidad podemos saludar su paso en multitud de novelas, films y obras de teatro. No importa el hecho de que sea prácticamente imposible constatar, por ejemplo, lo que hace desfilar de referencias eruditas. Alguna página, ciertos capítulos, un montón de circunstancias especiales en la puntuación (o no puntuación), han sido recogidos por esa especie de plagio inconsciente que promueve siempre un creador auténtico.

Claro que el antihéroe, ese envase humano que niega todo esplendor a la especie humana, no fue inventado por James Joyce. Pascal pensaba al corazón humano hueco y lleno de basura. El melancólico marqués de Sade, perturbado por un desconocimiento de las esencias del erotismo rayano en la puerilidad, lanzó a la circulación una jauría de antihéroes masacradores. Hombre atrozmente atormentado por la cárcel que tanto para él como para los místicos ha significado siempre la envoltura carnal, hace una tentativa asombrosa por formular términos de libertad total para el ser. Por eso se exalta hasta el supremo delirio del crimen, aunque su realidad de delincuente fue más bien moderada y cayó, como un pájaro de vuelo muy corto, en los límites previstos por la policía de costumbres. La indudable importancia de su obra deriva más que de los antihéroes a los que asigna psicologías sumamente esquemáticas, de la manera patética y delirante con la que manifiesta su horror al incomprensible ámbito cerrado del universo. Por un camino distinto, de tono hondamente espiritual, Martin Buber llegó, a los quince años, a una encrucijada tan horrorosa que lo incitaba al suicidio al imaginar al universo infinito o, en una segunda especulación, finito.

Antihéroes hubo en las tragedias griegas, en las novelas picarescas españolas, en Balzac, Stendhal, Dostoiewsky o Victor Hugo, por citar unos pocos. Pero ellos nunca centralizaban las obras ni imponían su carácter de única posibilidad. Dejaban en pie la contradicción del ángel y la bestia, expresado en el acceso onírico de Stevenson o en el padre de la poesía de nuestra época, Charles Baudelaire, que diseña un ardiente ámbito donde caben el infierno de *La Carroña* y el cielo de ternura de *El Balcón*. Es muy diferente la disolución de la carroña baudeleriana de aquella con la que se nos aparece Mary Gould, con la *sutil sonrisa de la demencia de la muerte*, como dice Joyce que la vio Stephen Dedalus en el *Ulises*.

James Joyce aparta las aguas. La magia de Alain Fournier, la de un *Sparkenbroke* de Morgan, la de los gitanos de Blaise Cendrars, siguen por un cauce distinto y que no hace para nada a la boga del momento. Sabemos que la memoria del hombre es lamentablemente limitada. Se puede acordar de muy pocas cosas. Los que no rememoran a Joyce directamente, lo hacen a través de *Viaje al Fondo de la Noche*, de Céline o de *El Tambor de Hojalata*, de Grass. Lo atisban en las obras de teatro de Beckett o de Albee. Ya muy licuado les llega también en los lentos ejercicios plástico-dinámicos de Antonioni o en las tentativas balzaquianas de Fellini. De pronto se torna más explosivo en una obra burdamente confesional, como *Jan Kremer*, que titula su obra con su propio nombre.

Un repetido maniqueísmo se apodera de la actividad artística. Bernanos, Musil, Proust, todos los que han tentado reconstituir por medio del extraño ejercicio de la literatura la integridad de contraste del ser humano, quedan un poco de lado. Hasta un genio como Ramón del Valle Inclán encuentra poco lugar en los comentarios actuales o en las historias del teatro. Inútil repetir que *Divinas Palabras* se vio en 1931 en París y fue conocido por muchos de los más connotados autores del momento. Los *esperpentos* escénicos, que renovaron el modo teatral con un empujón magnífico y brutal y le dieron a la prosa convencional de la escena un riesgo en el que su creador compromete toda la posibilidad de desentrañar la aventura humana, pasan a segundo plano. Y las obras que nacieron de su costado cobran más relieve y presencia. ¿Por qué? Sencillamente porque son más obsecuentes con los principios relacionados con el predominio del antihéroe.

No es raro que las palabras que atormentaban al artista adolescente de James Joyce alboroten una fruición nada meditada en vastos auditorios. Lo mismo sus estériles descripciones (paralizantes del argumento, de la arquitectura premeditada y lúcida) de ciertos momentos inconfesables. La inserción constante de visiones obtenidas a través del ojo de la cerradura, en films, novelas y cuentos, que se repiten como en una sucesión de espejos turbios, constituye un ahorro de imaginación y de estilo que están aprovechando multitud de artistas. Esto nada tiene que ver con la vena jocunda de Rabelais, ni con la fantasía radiante de Lautréamont, ni con las bruscas irrupciones a un nuevo modo del surrealismo de Henry Miller. El parentesco momentáneo de ciertos fragmentos de los *Trópicos* de Miller con el servilismo a la teoría del antihéroe se desvanece en cuanto pensamos en su libro sobre Grecia o evocamos las definiciones apasionadas y vitales de *Big-Sur* o sus patéticas inmersiones en las tumultuosas callejas del Brooklyn de su juventud.

Además, el trabajo constante con la textura del antihéroe ha traído un visible debilitamiento. Bloom es de Joyce. La multitud de Blooms crapulosos y desmañados que lo siguieron carecen de la potencia tremenda de su ámbito, con la sola excepción del Moricand de Miller y el Robinson de Céline. Se los nota muchas veces encogidos, ateridos, transformados en balbuceos, muy conformistas con un lineal inconformismo. Los casi héroes de *Las Sillas* de Ionesco tienen más envión y latido que los innegablemente divertidos y molierescos antihéroes de *La Cantante Calva*.

Y que no asuste la palabra héroe. Toman un nivel muy asequible, bien distinto al también espléndido de los que sucumben entre un gran estrépito de armas y metáforas en *La Ilíada*, aquellos que transitan con un punzante color como de otoño, como de presentida muerte, separación y abandono en los dramas de Chejov. Momentáneamente los movimientos de la sensibilidad receptiva del hombre, en la inmensa fragilidad del transcurrir que se le ha acordado sobre la tierra, pueden retraerse ante la cólera excesiva de Aquiles, los gritos discordantes de Clitemnestra o las complejas disquisiciones del doctor Fausto. Pueden preferir la voz de Pierre de Craon, el constructor de catedrales en *El anuncio hecho a María*, de Paul Claudel; los salvajes estremecimientos de las almas lanzadas a la vorágine del amor y el encono, en el profundo Sur de William Faulkner. O, simplemente, los esguinces, las bruscas rupturas de la realidad, de Chaplin, cuyo aspecto mítico y trascendente funciona, precisamente, por su directa referencia a la pelea sempiterna de David y Goliat, un auténtico combate de héroe. La inmoderada grandeza de los que marchan por toda una eternidad en una nube fría, como Paolo y Francesca, para no cejar en su pasión; la pasión misma de Sonia, leyéndole el Evangelio al asesino Raskolnikoff; la ternura abnegada hasta la sofocación de Papá Goriot, son hechos vitales. Permanecen, no pueden ser sustituidos por objetos, no pueden ser refutados más que en un fugaz vaivén de la moda por la desmañada intromisión dominante del antihéroe. Ya hay una diferencia definitiva de grado en el hecho de que difícilmente el momento esencial de un antihéroe se recuerda al cerrar el libro que albergó. En tanto que no hay memoria que no quede modificada, vulnerada en cierto modo para siempre, por la violencia del Heathcliff de Emily Brontë, la tristeza nostálgica de Martín Fierro, cuando mira las últimas poblaciones, o la cobardía inicial y el riguroso (también infinitamente estúpido) valor del Lord Jim de Joseph Conrad.

La crisis de la novela reside tan sólo en la falencia para crear un epicentro humano suficiente. Venga del arrabal de París, como en Charles Louis Phillipe, del campo bonaerense de antes de la trilladora, como en Lynch, de la Venecia *(The wings of the dove)*, del Nueva York *(Washington Square)* de Henry James o de una zona tan coherentemente absurda como la que inventa trágicamente Kafka, ese epicentro no puede ser atomizado con la insistencia acerca de un solo aspecto del hombre.

Porque entonces no queda más que el mal. Georges Bataille dice muy lúcidamente que liquidadas todas las interdicciones, lo que se definía como *mal* no es más que una especie de *bien*. La falacia no funciona. Se corta el objetivo de la literatura, que es la comunicación, al suprimir el juego natural de contrastes que se manifiesta todo el tiempo en el lenguaje y en la vida que el lenguaje pugna desesperadamente por expresar, aunque a ratos no disponga más que de palabras que en suma son opacas metáforas de generaciones sepultadas. El antihéroe, llevado a sus últimos extremos, aún considerado fuera de una órbita estrictamente ética, es un fenómeno literario demasiado incompleto y con esencias de manifiesta torpeza melodramática. No es posible negar que sus carencias, por momentos, son capaces de ejercer una vislumbre de oscura fascinación, arrasando las irritabilidades de la inteligencia y de la sensibilidad. Esto ocurre con frecuencia con la mentira y con las verdades que toman su ropaje, como ocurre con un montón de paradojas. Pero, como sabemos por el dramático epílogo de *El pato silvestre*, de Ibsen, ni aun la *mentira vital* (término creado por el dramaturgo) permite vivir. No es raro que el antihéroe sufra, por los efectos decisivos de una profunda incomunicación, de esa forma moderada de la muerte que es el olvido. El genio de Joyce lo sabía todas las veces que rescató las veinticuatro horas inmortales de condenación y oprobio de *Ulises* con exaltaciones poéticas que no han podido ser imitadas por sus seguidores.

Lo no escrito

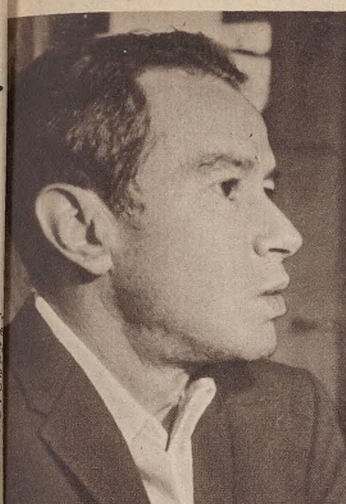
Por Manuela Mur

Para LA NACION — MENDOZA, 1968

No sé a qué honduras descenderé para arrancar
lo que está en mí hiriéndome sin término.
Sé que es mucho del mundo
y los filones están bajo los días
de lo efímero.
Las vetas del sentimiento aran lo inexpresable
y te descubro Ser de la inmensidad
sembrando mi existir con lo imponderable
en lo cual me sumerjo sin asirte.

Para qué he de conformar mi comprensión en horizontes
si incontables son los idos,
yo me estoy yendo y la vida bulle
ansiosa de inmediato,
aunque distrae la tensión de origen
vertebrada en el andar de la suma
que devora sin tregua la distancia.
He de salvarme
no en el quehacer vital para el olvido
sino en aquello que importa menos
por invisible.

Admiro el zumbido ascendente
del impulso de la semilla.
A la luna
callada sombra de los sueños
que alumbra el tiempo de los enamorados,
bajo la cual se refugia el pastor
y espía el grillo para su canto.
Aún es la misma, aún no profanada.
Y este sol que proclama la sinceridad
exige luz para los ciegos.
Y el mar signa el juego
con la imaginación de las aguas,
los distraídos terrenales
desmoronan catedrales de ternura
en la ola que se quiebra en cada abismo.
Oh la madre desposeída,
y los amantes ansiosos de eternidades,
y el artista inflamado de sugerencias
intuyendo formas y agonizando realidades,
y el enfermo aferrado al trapecio
calculando el equilibrio del instante.
Y a los 20 años
les desnudan el rostro de futuro
para cubrir el ya
con los fusiles.
Comprendo que el hombre se está irguiendo
y amo con desesperación
lo no escrito.



Juan Rulfo

Alejo Carpentier

Miguel Angel Asturias

Letras hispanoamericanas

Nuestra América, hora del relato

EN los años últimos la literatura de la América española ha alcanzado un prestigio internacional ajeno a los ámbitos de la enseñanza universitaria y los círculos de especialistas. Y lo ha ganado no con nuestros "clásicos" sino con los actuales, inclusive con algunos que no alcanzan la edad que aseguraba antes una cierta fama nacional, más o menos extendible a los países de nuestro idioma. Ciertos escritores recientes han superado las fronteras nacionales y las idiomáticas, para conseguir resonancias sin precedentes en países europeos que hasta hace poco se mostraban esquivos a las novedades literarias del Nuevo Mundo, que no habían sido tales bajo la presión intensa del europeísmo universal del siglo anterior.

La carrera de éxitos, que junta creadores de valía con otros que no lo son tanto, ha sido ganada con exclusividad por los narradores. De los poetas, sólo Gabriela Mistral, avalada por un premio Nobel, César Vallejo y Pablo Neruda conservan su fama, por causas que no siempre coinciden con las literarias. Los poetas mayores de nuestra América en ocasiones contadas han superado sus respectivos países; hay más: Jorge Lezama Lima, después de cinco libros de poemas, con fechas de aparición desde 1937, y de tres volúmenes de ensayos, ninguno reciente, fue conocido y exaltado gracias a una sola novela, *Paradiso*. En el ensayo, luego de las muertes de Alfonso Reyes y de Mariano Picón Salas, no se encuentra un hispanoamericano de renombre continental; algo semejante ocurre con la crítica. En cuanto al teatro, desheredado permanente de nuestras letras, en pocas obras es conocido fuera de sus perímetros originales y casi nunca atrae en el mercado internacional.

Para buscar explicación a tales diferencias pueden aventurarse varias hipótesis de primera instancia, que suelen ser las más incitantes en sociología literaria. La primera opina que la calidad de los narradores es incomparable con las de quienes cultivan otros géneros. Y el ejemplo de Lezama la contradice en seguida: sus poemas y ensayos no son inferiores a su narrativa, ni menos originales, y sin embargo no alcanzaron a situarlo. Una segunda hipótesis aventura que la novela y el cuento se han convertido en las especies más reclamadas por nuestra época, las más adecuadas a las apetencias de los lectores contemporáneos. Y nombres europeos y el del mismo Neruda se adelantan para silenciar esta explicación. Una tercera posibilidad apunta que la narrativa es de comprensión más directa para todos los lectores, incluyendo los extranjeros, y que las dificultades de traducción se aminoran en los textos de ficción. Tampoco son razones válidas, ya que las novelas nuevas se erizan de dificultades verbales, que suelen retraer a los mismos hispanoamericanos por la complicación de palabras cultas y orales, niveles arcaizantes y alardes neológicos, términos corrientes y voces técnicas, abundancia de lo regional, que difícilmente reuniría una composición poética.

Sin desechar esas explicaciones, todas ellas parcialmente válidas, deben buscarse motivos extraliterarios para comprender el *boom* internacional de la narrativa reciente. Movimientos políticos de esta América, en especial la revolución cubana y los choques internacionales posteriores, han puesto la actualidad hispanoamericana en el rango de las noticias mundiales. Esta América jugó en el nivel de las tensiones entre el Este y el Oeste, centro conflictivo e inestable de las relaciones universales. Las actitudes de rebeldía crearon una actualidad que antes no había gozado esa preeminencia; fue como si el hermano menor pusiera en balance presupuestos rígidos de los mayores. Novedad tal arrastró el interés por las distintas manifestaciones de esta América, muy en concreto por las obras de aquellos escritores que de manera directa se han comprometido con la situación de Cuba. Casi todos los narradores jóvenes de fama internacional están en la órbita del castrismo, con decidida oposición a la política norteamericana y a los esquemas mentales del conservadorismo hispanoamericano. Su adhesión a Castro ha favorecido a los narradores, y éstos aprovecharon la situación para afirmar una especie de conciencia generacional, de la que se alimenta su sistema de apoyo, en el que cuenta de manera incitante el elogio mutuo, el respeto a los mismos maestros y el rechazo de idénticos "consagrados", como la difusión de los nombres que van ingresando en el clan. Ha surgido así una mentalidad continental, con principios muy característicos: las negaciones de Rómulo Gallegos y Eduardo Mallea, el olvido de José María Arguedas y Juan Carlos Onetti, el juego de adhesiones y rechazos frente a Miguel Angel Asturias.

La logia de los nuevos se afirma en la maquinaria de lanzamiento y difusión organizada por editoriales del continente y de España, con ramificaciones en Europa y los Estados Unidos del Norte. Así se ganan renombres que por los medios tradicionales se hubieran alcanzado con menor celeridad. La evolución lenta del prestigio de Borges o de Rulfo prueba los alcances de esa difusión "natural", sostenida por el talento y la originalidad. No es que los nuevos carezcan de esas condiciones, pero no han tenido que esperar para conseguir las aprobaciones, ya que gozaron de situaciones organizadas a su alrededor. Y muy recientemente, afanadas por encontrarles reemplazantes más jóvenes, los capaces de mantener el afiebrado ritmo editorial.

La ansiedad de los lectores frente a la publicidad del *best-seller* alcanza ya los límites del absurdo, ya que sus experiencias de lectura suelen desconcertarlos con nombres impuestos por los métodos con que antes se lanzaba un producto de limpieza o un analgésico. Cuando se interroga a quienes se han dejado seducir de buena fe por la aureola del "autor de moda" las constancias más honradas suelen reconocer que esos escritores les resultaron "difíciles" cuando no "impenetrables". Es la respuesta que se repite después de intentos de penetración en *Paradiso, Cambio de piel, José Trigo* o *De dónde son los cantantes*. Resulta así el hecho paradójico de una literatura que se vende por millares pero que no conquista a sus lectores, quienes terminan por pensar que se trata de libros especializados, sólo comprensibles para técnicos de la literatura. No puede invocarse un falso optimismo diciendo que el lector corrientes cuenta con una cultura y una educación literaria tan ricas como para gozar de orbes narrativos en que se ponen en quiebra los predicados tradicionales de la novela y el cuento. Desde este reconocimiento —tanto hispanoamericano como europeo y estadounidense— cabe abrir un interrogante sobre el destino mediato de la euforia actual, convertida en carrera editorial antes que creadora, ya que los imitadores avisados están reiterando hasta la caricatura elemental los textos claves de la moda.

La calidad primerísima de algunos de esos *best-sellers* —García Márquez, Lezama Lima, Cabrera Infante, Vargas Llosa— impone la necesidad de revisar la situación del presente, adoptando prevenciones mentales contra la violencia de los medios de imposición y los disparates apologéticos de muchos leales. Los mayores que han crecido al margen del aparato promocional —Borges, Mallea, Rulfo, Asturias, Carpentier, Sábato— prueban que puede llegarse y sostenerse con otros medios, y que éstos a la larga resultan más firmes.

Juan Carlos Ghiano

Letras españolas

Celaya y su labor creadora

DE la incesante y siempre notable labor creadora de Gabriel Celaya en los últimos tiempos cabe destacar tres libros, que corresponden a los géneros literarios cultivados por el recio escritor vasco-castellano desde que inició su obra. Son ellos *Exploración de la poesía* (1965), en el ensayo; *Los buenos negocios* (1965), en la novela, y *Los espejos trasparentes* (1968), en el terreno poético. (1)

La primera de esas obras está consagrada al estudio de tres puntos, que Celaya considera básicos en la poesía, encarnados en otras tantas figuras capitales de la lírica española: la poesía pura (Juan de Herrera), la metapoesía (Bécquer) y "la poesía de vuelta" (San Juan de la Cruz). Celaya justifica esa denominación para la obra del santo considerando que más allá de su sentido místico, y también a través de éste, manifiesta un anhelo de comunicación con los demás. Por ese afán de comunicación —según Celaya— San Juan de la Cruz escribió sus versos, y al hacerlo así desafió los problemas que dentro de la Iglesia podía ocasionarle y le procuró la difusión de su obra.

Quizás esa necesidad irrefrenable en Celaya de decir y ahondar sin cortapisas cuando trata un tema cualquiera —y todo lo que toca es o lo hace trascendente—, acaso esa pasión que se le desborda siempre que escribe o actúa —con actuación que ha sido noticia para el mundo más de una vez—, rompa el molde propiamente novelístico en *Los buenos negocios*. En esta obra, al margen de la línea argumental —nacimiento y disolución de una familia industrial de Guipúzcoa—, vibra el autor fiel a su trayectoria ideológica. ¿Puede considerarse esto un defecto? Acaso, así, la armonía, la unidad se rompan, como en una autopsia, siempre brusca, siempre torpe para quien la contempla con ojos extraños, pero necesaria y reveladora para aquel que la efectúa. Ya le vimos hacer algo semejante en *Lázaro calla* (1949), que pese a todo es una de las más trascendentes novelas de la posguerra española. También *Lázaro calla* podía tacharse de imperfecta desde el punto de vista novelístico; pero ahondaba allí donde otros novelistas no ponen más que su técnica hecha de superficialidad, disparados al único logro de eso que actualmente se da por llamar "impacto" y que no es otra cosa que el efectismo de antes.

Los espejos trasparentes es una obra que ha sorprendido a más de un crítico, por creer advertir en ella un cambio de rumbo en la poética de Celaya. Pero que éste, en esas páginas recientes, haga un alarde de su sabiduría o su dominio en tal terreno no podrá causar asombro a quienes hayan seguido de cerca su quehacer poético, desde *Marea del silencio* (1935), pasando por *La soledad cerrada* (1936), *Movimientos elementales* y *Tranquilamente hablando* (1947), *Juguetes y Objetos poéticos* (1948), *El principio sin fin* y *Se parece al amor* (1949), hasta llegar a *Las cosas como son* (1949), *Deriva* (1950), *Las cartas boca arriba* (1951), *Lo demás es silencio* (1952), *Cantos iberos* (1955), *Cantata en Aleixandre* (1959), *Poesía urgente* (1960), *Mazorcas* (1962) y *Baladas y decires vascos* (1966). Ya la sola enumeración de estos títulos puede permitir observar al lector más desconocedor de la obra de Celaya cómo éste, de vez en cuando, ha insertado entre sus libros más hondos y esenciales (*Las cosas como son, Las cartas boca arriba, Lo demás es silencio, Cantos iberos* y *Cantata en Aleixandre*, aparte de *Lázaro calla* y *Tentativas*, este último en el ensayo) algunos otros que ante todo son derroche de maestría poética.

No, no hay cambio de rumbo, por suerte para la poesía española, en la obra de Celaya con *Los espejos trasparentes*, y en más de uno de estos poemas puede reconocerse —quizás un tanto oculto por obra y gracia de la ironía del autor— al hondero ibérico lanzador de cantos a la par rodados que poéticos, tirando a dar (contra lo peor y más combatible de la vida) y a *dar* (en el meollo de las cosas) y a darse (todo él, entero, en un impulso).

Ya es otra cuestión el hecho de que pueda preferirse el tono de ese pequeño libro definitorio, *Las cosas como son*, en el cual monologa y discute consigo a solas lo que luego plasmará en los diálogos y los coros de sus dos obras maestras, *Lo demás es silencio* y *Cantata en Aleixandre*: la resistencia del hombre como individuo a perderse, diluirse en el torbellino anonadador del aliento vital.

Por debajo de su existencialismo positivo, preocupado por el logro de un mundo mejor, late un dejo de melancolía, a escondidas de bromas y enterezas. Estos versos de su *Cantata* lo dan a entender expresivamente:

LAS MADRES PRIMERAS

Descansa. Ya cumpliste. Hijo mío, es de noche. / Esa luna pequeña de fósforo mordiente / y esos luceros sueltos que queman lo que pueden / brillan lejos, tan lejos que no parecen furias.
El cielo submarino con algas de galaxias, / la luz de abajo, arriba, los rápidos, rampantes, / voraces e invisibles escualos del espacio, /las quillas sumergidas con moluscos de estrellas, / las distancias lanzadas en frío a lo absoluto, / y el hombre así pensado como un detalle absurdo / en todo lo que tiembla vagamente suspenso, / te invitan a que duermas para que acabe el sueño. / Renuncia ya. No pienses. Cumpliste. Vendrán otros / y en ellos durará lo que tú bien viviste.

LOS OTROS

Sí. No. Sí. Seguiremos trabajando / queriendo o no queriendo. Como somos, / alzados, prometeicos, duraremos / los unos por los otros fieramente.

Así, alegre o fieramente, con dulzura o dureza, Celaya seguirá dándanos su obra mientras viva, como él dice, "sensible y alzado / por un orgulloso golpe o *sí* de sangre".

(1) Barcelona: Seix Barral (los dos primeros) y El Bardo.

Ricardo Orozco

Vida literaria

CON el sello de la casa Appleton acaba de aparecer en Nueva York *La poesía hispanoamericana desde el modernismo*, antología que firman Juan Florit y José Olivio Fernández, profesores de la Universidad de Columbia. El libro incluye poemas de los siguientes poetas argentinos: Leopoldo Lugones, Enrique Banchs, Fernández Moreno, Alfonsina Storni, Ricardo Güiraldes, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal y Francisco Luis Bernárdez.

◇

De la materia de los sueños es el próximo libro de poemas de Guillermo Whitelow, que Kraft incluye en su colección La Ventana Voladiza. Este autor trabaja en la traducción de *Macbeth*, de Shakespeare, que publicará el Fondo Nacional de las Artes.

◇

Horacio Jorge Becco, promotor de los estudios bibliográficos en nuestro país, aparte de ser también poeta e investigador literario, anuncia *Bibliografía literaria de América latina*, que abarca el período contemporáneo y se sitúa dentro del proyecto de la Unesco sobre las culturas de América latina, en ejecución, partiendo de las literaturas americanas. A este trabajo le seguirán enfoques sobre arte, historia, música, etc.

◇

Aparece la tercera edición de *La Señora Ordóñez*, novela de Marta Lynch de la cual se ha vendido en un mes la segunda edición. Lleva el sello de Jorge Alvarez.

◇

El editor Peña Lillo incluye en su producción del año en curso una novela de Raúl Larra; es una historia de presuntos guerrilleros que se titula *El uturunco estaba entre nosotros.*

◇

Luis Carlos Edelman, autor de *Manifiesto inicial*, da a conocer su segundo libro de poemas: *Cantata a Buenos Aires y otros poemas*, en Ediciones del Mediodía.

◇

Se encuentra en Europa Olga Costa Viva, asesora literaria de Losada, quien ha asistido a la Feria Internacional del Libro de Francfort. Tuvo a su cargo el "stand" argentino y estableció contactos con editoriales y agentes literarios de Alemania y los demás países representados en esa reunión anual inaugurada el 19 de setiembre.

◇

Para el año que viene anuncia Ana María Junquet la publicación de un libro de cuentos (seis en total, con ilustraciones de Luis Gowland Moreno) y un volumen de poemas, aún sin título.

◇

Con el sello del Centro Editor aparecerán dos ensayos de Beatriz De Nóbile, *Análisis de "La Bolsa", de Julián Martel* y *Teatro rioplatense primitivo.*

◇

Se halla en prensa un libro de cuentos de Adolfo L. Pérez Zelaschi: *Con Guiye sesenta*, novena colección de narraciones de este autor. Lo edita Troquel.

◇

Isidoro Ricardo Steinberg, actualmente en Europa, reeditará en España su obra *El hombre, el médico y Dios* y su libro de ensayos *Hojas de vida*. A continuación visitará Nigeria y Ghana.

◇

Dos trabajos de carácter histórico anuncia Blas Barisani. Se trata de *Sumer-Egipto-Asur* y *Grecia*, en los que realiza un estudio comparativo de las culturas de estos pueblos.

◇

De Jorge L. García Venturini se lanzará la 4a. edición de *Ante el fin de la historia*. García Venturini trabaja actualmente en *Introducción al saber filosófico*, que editará Troquel.

◇

Próximamente aparecerá un nuevo libro de Carlos Marcucci, autor de *Para regalar a los amigos;* contiene una serie de cuentos y lo publica Editorial Freeland.

El ministerio histórico

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

El presidente delega el 12 de junio de ese año el mando en el vicepresidente, Dr. Marcos Paz, y parte para Concordia, donde se concentra el ejército aliado. El 3 de julio le comunica a Paz la designación del ministro, general Gelly y Obes, como jefe del Estado Mayor y lo deja en libertad para la designación del reemplazante que interinamente se ocupe del despacho de la cartera.

Para entonces la composición del Gabinete ha variado por la renuncia de Vélez Sarsfield. Mitre, después de ofrecerle la cartera de Hacienda a Juan Bautista Peña, que no aceptó, nombra para ese cargo al Dr. Lucas González. Paz identificado con Mitre, continúa con el mismo gabinete, y el 12 de agosto designa al general Julián Martínez para el interinato de Gelly y Obes.

La gestión de Paz es fecunda, tanto durante el primer período de su vicepresidencia en ejercicio del Poder Ejecutivo, que finaliza el 6 de marzo de 1867, cuando Mitre se ve precisado a reasumir su cargo ante la anarquía interior desatada por el levantamiento de Mendoza, cuanto en el segundo, que comienza en julio de ese año y que finalizará con su muerte.

Se aproxima la elección presidencial. Un serio entredicho originado por la publicación de un artículo en "La Nación Argentina" que afecta al Dr. Paz precipita las renuncias, el 3 de octubre de 1868, de los ministros Eduardo Costa y Rufino de Elizalde. Por mediación de Rawson y de Lucas González son nombrados reemplazantes Marcelino Ugarte y José Evaristo Uriburu. Nicolás Avellaneda, a quien se le ofrece una de las carteras vacantes, la declina. Paz le asegura a Mitre que la homogeneidad del ministerio quedaba asegurada. La designación del Dr. Ugarte como canciller ampliaba las bases de sustentación política del Gobierno y contribuía a superar las diferencias originadas en su seno por la candidatura a la presidencia de la República del Dr. Rufino de Elizalde, candidatura de la que Mitre se declarará prescindente en su carta desde Tuyú-Cué a Juan María Gutiérrez.

Corta e intensa es la labor del canciller Ugarte como integrante de este ministerio; pero el fallecimiento de Marcos Paz, ocurrido el 2 de enero de 1868, y la circunstancia de no estar prevista en la Constitución la sucesión presidencial en caso de acefalía obligan al presidente Mitre, a pedido de los ministros, que han asumido provisionalmente el Poder Ejecutivo, a regresar y reasumir el cargo el 18 de enero de 1868.

Inmediatamente el Gabinete presenta su renuncia, que es aceptada el 24 de enero por el presidente, e integra el nuevo con Domingo Faustino Sarmiento en Interior, Rufino de Elizalde y Eduardo Costa nuevamente en Relaciones Exteriores y Culto y Justicia e Instrucción Pública, respectivamente, con el Dr. Cristóbal Aguirre —antiguo funcionario de carrera— como interino de Hacienda, confirma al general Gelly y Obes, que se encuentra en campaña, en Guerra y Marina, y designa interinamente en su lugar al general Paunero.

La cartera del Interior nunca fue ocupada por Sarmiento, ministro a la sazón en los Estados Unidos, de donde regresará presidente electo, y el Dr. Eduardo Costa la desempeñará hasta finalizar el mandato.

Mitre entrega la presidencia a Sarmiento el 12 de octubre de 1868. De los cinco integrantes de su gabinete inicial, tres lo acompañan hasta la trasmisión del mando, pero a todos podemos atribuirles hoy el juicio que tiempo después estampa el patricio, al analizar polémicamente la obra de su administración en el editorial de su diario, del 9 de enero de 1870, "Inventario de Palacio": "Lo que constituye la grandeza de un pueblo y hace la gloria de un gobierno es el inventario de sus instituciones y sus progresos morales y materiales".

La guerra del Paraguay

(CONTINUACION DE LA PAGINA 1)

Sobre Mitre pesa la responsabilidad de consentir o no el paso de los combatientes por esa zona del territorio nacional. Para algunos, una negativa parece quijotesca y absurda; ella nos puede conducir a la guerra, piensan, y acaso a una alianza con el Brasil, país esclavista, de testas coronadas y de sensibilidad contraria a nuestros hábitos republicanos.

Mitre lo sabe bien; sabe que se está jugando a un golpe de dados la obra ya cumplida y la tranquilidad de su gobierno. Además, nunca lo sedujo la gloria militar; ha combatido mucho en su intensa vida y ha ganado la última batalla. Una guerra, en esos momentos, sería desastrosa para el país, para su gobierno, para las instituciones, frágiles todavía, que acaba de construir con infinita paciencia. Sus propias conveniencias personales, si pensara en ellas, le aconsejan hacer un poco "la vista gorda" y dejar que paraguayos y brasileños se despedacen solos en aquel remoto extremo del territorio nacional. Después de todo, ¿qué es Misiones para un país tan extenso y dilatado? Apenas unas cuantas leguas de suelo áspero, inculto y desierto, con algunas ruinas inútiles, restos de pasadas grandezas en tiempos de la Colonia. ¡Bah... Misiones! Por defender ese territorio, piensan algunos, no vamos a embarcarnos en una aventura que quién sabe cuánto nos puede costar. Todo lo hecho se vendrá, seguramente, abajo. Volverán, acaso las montoneras, y el recuerdo de Peñaloza seguirá acaudillando muchedumbres, encarnado en otras figuras, como la de Felipe Varela, y tantos más. Y la aventura nos costará mucho dinero, y sin duda mucha sangre argentina, que buena falta hace para empuñar las herramientas del trabajo y manejar el arado que redimirá nuestras campañas.

El propio Urquiza, tan respetado en el país, aconseja a Mitre para que no se meta en la aventura. *"Nada importaría el tránsito libre e inocente de ambos beligerantes por los territorios despoblados de Misiones, si llegase el caso".* (3)

Pero nuestro presidente ha tomado una decisión irrevocable. La historia podrá decir de él cualquier cosa, pero no que conspiró a sabiendas contra la soberanía de su país. Bartolomé Mitre no hará tal cosa. En el fondo del último rancho de Misiones no ha de faltar un corazón argentino, y alguna descolorida bandera nacional ha de flamear, de seguro, en lo alto del mangrullo de algún fortín o destacamento rural. No hay más que una Argentina dentro de los contornos que marcan la geografía y avalan la historia y la tradición. Y dentro de esos contornos sólo manda el gobierno nacional. No hay bienes mostrencos ni "tierras de nadie" en que cualquier extranjero pueda poner el pie por motivos circunstanciales. No cruzarán, pues, por Misiones, ni paraguayos, ni brasileños, pasare lo que pasare después. Todo tendrá remedio, con el transcurso del tiempo, menos la mancha de ignominia que eventualmente pudiera caer sobre el nombre de la patria. Así lo pensó Mitre, con porfiada terquedad. Todo, menos eso, y de esa posición nadie lo sacó, con una firmeza que debemos agradecerle los argentinos.

A Urquiza le contesta así:

"Yo no estaría satisfecho de mí mismo, ni creería obrar en el sentido del honor y de la dignidad del país, si consintiera en su menoscabo, tolerando o permitiendo que transiten por territorio argentino tropas de uno u otro de los beligerantes. Esa es la neutralidad de los Estados débiles, que en la imposibilidad de hacer respectar sus derechos, se someten a que se viole su territorio, porque no les queda otro recurso contra poderes mucho más fuertes. Y no es la circunstancia de que tal violación se cometa en territorio despoblado lo que podría exonerarla del carácter de un atentado contra la soberanía del país".

Y poco más abajo agregaba Mitre en la misma carta:

"No creo que ni por parte del Paraguay ni del Brasil haya la intención de inferir a la República Argentina el ultraje de violar su territorio, porque no podrán suponer que permanezcamos impasibles a tal afrenta, ni que el país pudiese ver con indiferencia tal hecho, que deshonraría al pueblo argentino si no cuidase su honor, y lo colocaría en el último nivel de las naciones" (4).

Lo que ocurrió después ya se conoce. Millares de argentinos dejaron sus huesos en los esteros paraguayos. Los mal informados, que los hubo, aprovecharon la guerra para hostilizar al gobierno de Mitre, comprometiendo el resultado de las operaciones y poniéndonos en situación desairada ante nuestros aliados; la economía argentina sufrió quebrantos que otras generaciones debieron solventar; el progreso del país se estancó por varios años, postergándose la reconstrucción nacional. Pero se evitó una mancha de oprobio que por todos los tiempos hubiera ensombrecido el sol de la bandera. Es mejor que haya sido así.

(1) Ver mi colaboración en LA NACION del 18-8-63, "A cien años de una correspondencia esclarecedora".

(2) Carta transcripta en el libro de Efraím Cardozo, "El Imperio del Brasil y el Río de la Plata", 1961, pág. 177. De esta intriga diplomática me he ocupado en mi libro "La Guerra del Paraguay", 1965.

(3) Arch. del general Mitre, t. II pág. 89.

(4) Id. t. II, pág. 92.

Formación de la juventud

EL tema ha originado una copiosa literatura con expresiones que van desde las posiciones más conservadoras hasta las más progresistas. Tal variedad de enfoques sobre un problema tan fundamental como lo es la educación de los hijos en todos sus aspectos ha promovido la realización de asambleas, mesas redondas y cursillos, donde moralistas, educadores y padres de familia expusieron sus inquietudes y aportaron una valiosa experiencia sobre una cuestión que día a día va cobrando mayor importancia por las derivaciones que aquélla tiene en la comunidad.

Ediciones Paulinas no ha sido ajena al coro de voces en torno de los problemas que a menudo presenta descarnadamente la imagen cinematográfica y en su colección "Amor y matrimonio" ha presentado cuatro expresiones que constituyen otros tantos puntos de vista de la preparación de los hijos y de su participación en la sociedad.

En el primero de ellos —"Ellos tienen derecho de vivir"— María Elena Mathieu, responsable del Servicio a la Infancia Inadaptada de la Unión de Obras y presidenta de la Unión Nacional de Asistentas y Educadoras de la Infancia, enjuicia el proceso de Lieja, que absolvió a los esposos Vandeput y sus consejeros, por el homicidio de su hija, nacida deforme.

Por otra parte, Gusti Gebhart, experta en problemas de formación, ofrece en su ensayo "De cinco a veinticinco años" un valioso material de lectura para los padres destinados a resolver las dificultades y encarar el problema de la instrucción sexual con naturalidad, realismo, profundidad y, sobre todo, con equilibrio.

"Conozca y guíe a su hijo", de Bruno Rychlowski, representa otro señalado esfuerzo para brindar a los padres una rica experiencia a través de los enfoques de un psicólogo que ha penetrado con sagacidad en el complejo mundo de la juventud. El autor indica aquí el camino para armonizar las mentalidades tan diversas mediante la mutua comprensión.

Saber comprender —nos dice en la página liminar de su estudio Mario Viglietti— es una de las artes más difíciles de aprender, no sólo porque supone gran estudio y preparación, sino además porque obliga normalmente a una obra de justicia y de amor. Y esto sinceramente cuesta.

Con este claro pensamiento desarrolla su exposición en su ensayo "Conocer para comprender"; una valiosa obra que no solamente tiene valor por lo que propone sino también por lo que sugiere.

En suma, cuatro expresiones que ponen en manos de los responsables de la formación de la juventud un material que obliga a la más honda reflexión.

Otra vez, como el año último y coincidiendo con la llegada de la Primavera, se realizó en la Librería El Ateneo la llamada "Primavera en las Letras Argentinas". Durante dos días, escritores argentinos firmaron sus libros poniéndose en contacto con el lector en un acto simpático, en el cual pudo comprobarse la adhesión que el público demuestra a sus autores preferidos y la aceptación que las letras nacionales han llegado a conquistar. Los "stands" y los escaparates se vieron rodeados de una concurrencia curiosa de acercarse al escritor y deseosa de tener en el libro elegido el testimonio manuscrito del autor. Así, escritores y editores han verificado un acercamiento al lector que, normalmente, se opera a distancia a través de ese objeto precioso que es el libro. En él, en verdad, están puestas las mejores aspiraciones de unos y otros y a él corresponden los homenajes.

Las noticias ARGENTINAS vuelan a todo el mundo

EDICION AEREA INTERNACIONAL DE **LA NACION**

Tarifa de suscripciones

Suscríbase y suscriba a sus amigos y familiares a la Edición Aérea Internacional de LA NACION. Aparece todos los lunes con la más completa y cuidadosa selección de noticias de la semana, y se envía por avión a donde Ud. desee.

PRECIO DEL EJEMPLAR	Argentinos (1)	Argentinos (2)	Dólares (1)	Dólares (2)
Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Perú	50.—	85.—	0,14	0,25
Otro países de América	80.—	180.—	0,23	0,52
España	100.—	250.—	0,29	0,72
Otros países de Europa	110.—	265.—	0,32	0,76
Africa, Asia y Oceanía	130.—	340.—	0,38	0,98

(1) La Edición Aérea Internacional solamente.
(2) La Edición Aérea Internacional junto con dos suplementos en huecograbado de los domingos.

NOTA:
No se aceptan suscripciones por períodos menores de cuatro ejemplares consecutivos.

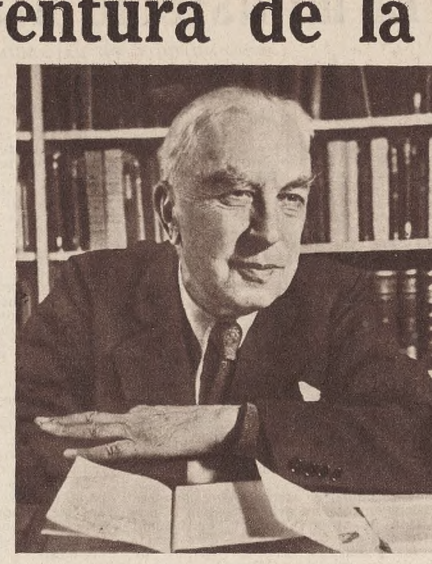
Para más detalles diríjase a: Departamento de Circulación **Florida 347, Buenos Aires** **T. E. 49-7201 y 40-4081** De 12 a 18

La aventura de la unidad

"Cambio y hábito"

Por Arnold J. Toynbee

(Emecé)



Arnold Toynbee

NO puede sorprender que después de aparecido "Estudio de la Historia" cualquier otra obra de Toynbee parezca menor; las dimensiones, casi monumentales, de ese libro y la vastedad del campo que abarca empequeñecen trabajos posteriores que, de no ser así, aparecerían con su auténtico valor.

Para corregir esa perspectiva es necesario advertir la medida en que los trabajos de Toynbee, posteriores a su obra principal, importan afinaciones del contenido de ella, precisamiento y desarrollo de sus tesis capitales, aperturas de nuevas hipótesis históricas, con un valor propio que es necesario tener en cuenta.

Toynbee incorporó a la comprensión de la historia principios fundamentales: el mecanismo del "desafío y la respuesta" como fuerza generadora de la formación de las "civilizaciones", la concepción de éstas como sistemas "de autointeligibilidad histórica", la apertura de la comunicación entre los sistemas coexistentes (reaccionando contra el insularismo excesivo de Spengler), la filiación de las culturas a través de la "crisálida" de las religiones universales, la concepción del "proletariado", no como capa económica sino desde un punto de vista sociohistórico, como "estrato social que vive dentro de una civilización, pero que no participa de la aventura cultural que ella significa", la noción de "estado universal" como etapa histórica y muchos otros que han significado herramientas espléndidas para la comprensión de la historia.

También es fuerza recordar que Toynbee hizo, sin quererlo, filosofía de la historia, esfuerzo en el que partió desde el plano del saber histórico y por ello le faltó voluntad —no capacidad— para formular los principios generales que se desprenden de sus propias afirmaciones. Así, desdeñó llegar a la comprensión de la posibilidad de la existencia de "leyes" que acordaran a la historia una personalidad científica tenazmente negada, posibilidad a la cual llegó, para indicar un nombre, Maritain. Estas consideraciones previas son inevitables para valorar adecuadamente su nueva obra que aparece traducida al castellano, "Cambio y hábito".

La lectura de "Estudio de la Historia" revela cómo, a lo largo de los muchos años que tomó al autor el escribirlo, sus ideas fueron evolucionando ante el impacto del denso acaecer histórico de los tiempos que vivimos. "Cambio y hábito" tiene el valor de ser una clara confirmación de ese desenvolvimiento del pensamiento de Toynbee. Se acentúa el papel de las religiones y los Estados universales; las primeras trascienden su función de "crisálidas" para convertirse en elementos esenciales del estilo vital de los sistemas y los segundos se transforman en un desafío histórico de primera magnitud a la realidad concreta contemporánea, uno de cuyos signos característicos es la desaparición del provincialismo nacional y la marcha acelerada hacia la unificación a escala universal.

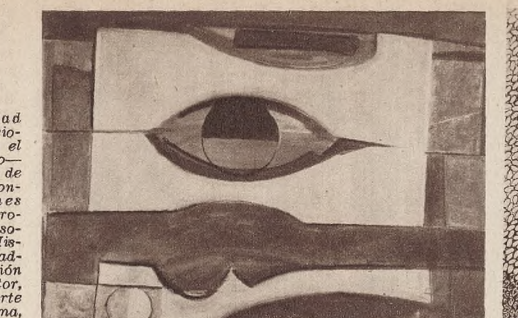
El análisis de las "religiones universales", a cuyo concepto se incorporan las concepciones ideológicas modernas, que en muchos casos sustituyen las formas clásicas de religiosidad —tal es el caso del nacionalismo, el marxismo y el individualismo absoluto— como también el balance de la actividad histórica concreta de esas religiones constituyen evidentes profundizaciones y avances sobre el "Estudio de la Historia". Asimismo se advierte una intensificación de la tendencia del autor, ya bien visible en la parte final de su obra máxima, hacia ver en el sincretismo religioso y la constitución de un auténtico "Estado universal" como únicas posibilidades de salvación para la humanidad (afirmación moderada por el señalamiento del peligro, ya anticipado hace más de cuarenta años por Bergson, de frustrar el "élan vital" humano y condenar nuestra especie al destino de los insectos sociales).

Tampoco puede pasar inadvertido cómo Toynbee se acerca al pensamiento de Jaspers referente al llamado "tiempo eje". Ambos coinciden en destacar la coincidencia temporal —la sincronía— de la predicación de Buda, el nacimiento de la filosofía griega y la maduración, a través del profetismo, del monoteísmo israelita.

"Cambio y hábito" —como su título lo indica— es una tentativa de ubicar los elementos esenciales, inmutables, del hombre (sociabilidad, conciencia, percepción del bien y del mal) para —separado de lo accidental— apreciar históricamente la posibilidad de realizar los propósitos de unidad, a cuyo mecanismo queda consagrada la mayor parte del libro, alejándose de su idea inicial. Nos encontramos, pues, frente a un interesante "posludio" de "Estudio de la Historia" que será seguramente leído con interés por todos aquellos a quienes preocupan los problemas sociales e históricos. ≠

O. N. G.

Notas de arte



"Formas con ojos", de Paz Subercaseaux, expuesto en Lirolay

De la muestra que realizó Sonia Kovadloff en Art Gallery

Pastel de B. Jesiot exhibido en la Sociedad Argentina de Artistas Plásticos

De la exposición clausurada ayer por Guido Bruveris en El Laberinto

Obra de María O. Saracho exhibida en la Asociación Cristiana de Jóvenes

En la galería Volpe realizó una muestra Luis Varela Lezana

"Trío", de Bruno Venier, que expuso en Javier

Piezas de teatro breve

"Ceremonias de la soledad"

Por Juan Carlos Ghiano

(Ediciones de la Flor)

ENTRE el sainete y el grotesco —pero ya con muy poco de estas formas gracias a la depuración a que ha llegado el autor— se mueven las seis piezas reunidas por Juan Carlos Ghiano en Ceremonias de la soledad, que acaba de publicar Ediciones de la Flor. La mención de las formas obedece sólo a una ubicación para el lector, porque el nombre que prefiere Ghiano —tragicomedias— tal vez no las abarque en su novedad y se haga necesario buscar otro que las determine menos aproximativamente y más en su verdad esencial. ¿Tragifarsas? ¿Comedia-grotescos? Se hace difícil la designación —para no caer en palabras como las que inventó Unamuno para la novela corta—, pero no difícil su comprensión.

La primera condición es la tensión dramática. El autor parte de un escenario convencional, a veces recreado prolijamente y hasta repetido; no está ahí su innovación en el género, y sí, si se mira atentamente, su audacia ante las preferencias de los modernos comediógrafos, que han hecho de la escena "teatro" de sus experiencias. A partir de la sala o el interior realista, Ghiano inicia su trabajo: dos personajes dialogan (El abanico de Venecia, la primera obra incluida, por ejemplo). En la conversación, en esa conversación, comienza a insinuarse la atmósfera, a desenvolverse el drama que culminará en tragedia, pasando frecuentemente por la farsa. La identificación total del habla con la pintura psicológica indirecta del personaje —no su caricatura o imitación servil—; la progresión, el movimiento casi imperceptible de la escena, desenvuelven entonces la tensión que es el deus ex machina de la pieza. Todavía, hasta aquí, todo parece normal, atendiendo a cualquier obra dramática que se ajuste a cánones conocidos. Pero el, o los personajes del autor de Narcisa Garay juegan su teatro, el papel que les tiene asignado el autor, reservándose otro papel, el que constituirá la sorpresa y acabará por desnudarlos y desnudar la acción. Este doble juego es la novedad, la parte original de Ghiano autor de teatro breve.

A esos personajes —que son una galería en Ceremonias de la soledad, y cuyo mayor elogio sería decir que constituyen cada uno una individualidad, una criatura viva en su también doble condición de ficción y tipo humano— habría que agregar la pulcritud de la palabra que les sirve de apoyo y las sutiles y precisas indicaciones que el propio autor hace de sus movimientos, tan importantes como sus propios diálogos o monólogos.

No sólo la soledad del título, la frustración o el egoísmo trágico que encarnan esas criaturas, sino la crueldad y el mal gratuito son manejados por el autor con implacable seguridad, con dolorido pero seguro convencimiento de la inutilidad de esos destinos. La ternura está destinada a sucumbir en las "ceremonias" de estos casi fantoches; todo bien o intento de recuperación a terminar en el horror. Sólo el sentido de justicia, de una Justicia con mayúscula, que parece invocar a Dios, flotará sobre el exterminio disparatado o simplemente trágico. Las "ceremonias" ya mencionadas varias veces son seis, como queda dicho, y aparte de El abanico... citado, se llaman Vestida de novia, R.S.I.V.P., Duelo por Su Excelencia, Nunca estaremos solas y Pañuelo de llorar. Conviene recordarlo.

O. H. V.

Ese quehacer inocente

"Noviembre y el ángel"

Por María Esther Vázquez

(Kraft)

María Esther Vázquez

LA disciplina intelectual no es justamente el lado fuerte de la mayoría de los escritores argentinos. Cuando el lector atento vuelve los ojos al panorama literario no puede menos que sentir admiración por los pocos nombres internacionales que cultivan con ahinco su vocación, y nada más que su vocación. María Esther Vázquez es un ejemplo, entre la gente que se halla en camino hacia la madurez, en ese sentido. Con porfiado entusiasmo, aunque sin prisa, y con noble quehacer, está realizando su obra. Recordemos sus cuentos "Los nombres de la muerte", 1964 (traducidos al alemán); "Everness", un tomito curioso, con una interpretación crítica de un trabajo de Jorge Luis Borges (traducido al inglés), y luego, en colaboración con el autor de "Evaristo Carriego", "Introducción a la literatura inglesa", ensayo, 1965, y "Literaturas germánicas medievales", ensayo, 1966, vertido al francés. En estos días —Manuel Mujica Lainez destacó el valor de estos poemas— los ha reunido en libro (colección La Ventana Voladiza) con el título de "Noviembre y el ángel", premio municipal 1967 para obras en verso inéditas. Como la mayoría de los integrantes de una generación que no se engaña con el falso virtuosismo, que suele concluir en espiral de humo, muy común en la actual literatura, María Esther Vázquez se ciñe, con total libertad, tanto a la métrica clásica, como al verso libre. No se hace cuestión de encasillamiento. Sabe que la poesía está por encima de esas clasificaciones, más afines con ciertas "historias" literarias que exaltan a las camarillas inclinadas vertiginosamente hacia la izquierda, donde los auténticos escritores nacionales no suelen aparecer, sino para justificar la cargazón que esgrimen de nombres desconocidos. Pero, como bien afirmó Ortega, es peor ser confundido que no ser notado.

Su poesía, la poesía de María Esther Vázquez en "Noviembre y el ángle" ostenta la madura esencia de quien sabe qué materia noble trabaja ("materia que es llama que arde"). Si hubiera que ofrecer un soneto como demostración de su logrado tono lírico, este puede ser "La guitarra": "La codiciosa voz de la guitarra / va creciendo caminos de memoria / a un ayer que vivió la transitoria / felicidad de ser. Hoy se desgarra / este latir despacio del lamento / que doloroso vuelve en la madera / pesada de pasión y pareciera / un ángel moribundo el movimiento / de la mano que llora. Bella cosa / es el aire temblando por el llanto / llorado desde el fondo de una rosa / de palo y de esplendor y de quebranto. / Y temo, sin embargo, la angustiosa / delicia de esa voz que quise tanto". Este poema simplemente basta para justificar a un hacedor, a un creador. "Patria" y "Defenderme de mí" pueden ser otros motivos de su labor poética. Quien lea atentamente su poesía —rimada o no; de métrica clásica o libre— encontrará determinados sonidos, rumores, ritmos que evocan otras voces. Así ocurre, pongamos por caso, con "Un castillo de Escocia". No faltará quien señale la influencia de tal o cual maestro; o, en el peor de los casos, la imitación. Nosotros repetimos, con Eliot, la influencia, bienvenida, porque fructifica; la imitación (y no existe en este caso) olvidémosla, porque esteriliza. En cuanto a sus poemas con versos blancos se pueden señalar, sin desmedro de la obra, "A la memoria de un señor" —"El tiempo de tus ojos era antiguo"—, o "Alguien podrá evadirse", o "Viltipoco", un tema de la tierra americana, con la fuerza y el humus de nuestro suelo —"Viltipoco, dominador de vientos, / dueño aún de las horas sin ceniza,/ sueña con la batalla"— que puede ser esgrimido como un canto al pasado, que es amar la tradición (y no con la ceguera de los tradicionalistas que quieren retrotraer el pasado al presente), y vivir la intensidad del tiempo actual. "Noviembre y el ángel", de María Esther Vázquez, puede tener, además de sus lectores, aquellos otros desconocidos que se sienten comprendidos por la poesía, "esa tarea —según lo manda Hoelderlin— de entre todas la más inocente". ≠

N. C.

Intermezzo
en DISCOS un suceso!...
y ahora en LIBROS otro suceso!...
RIVADAVIA 7055
Plaza Flores

Historia de los argentinos

3 tomos encuadernados, con 1000 páginas, impresos a cuatro colores, en papel ilustración, en formato 20 por 26 con más de 500 fotos, que constituyen en conjunto una iconografía sumamente original.

Alvaro Yunque

Una historia sin convencionalismos y esquemas

Ediciones Anfora S.A.C.I. Corrientes 2312 Tel. 48-3971 Buenos Aires

Sírvase remitirme folleto HISTORIA DE LOS ARGENTINOS sin compromiso.

Nombre ....

Domicilio .... Localidad ....

HAY ZONAS DISPONIBLES PARA VENDEDORES

Libros recientes

Martínez Estrada

"Coplas de ciego. Otras coplas de ciego"

Por Ezequiel Martínez Estrada

(Sur)

Editadas anteriormente, las "Coplas de ciego" ahora se completan en un solo libro con estas "Otras coplas de ciego". Aquéllas aparecieron en vida del autor; la recopilación de éstas estuvo a cargo de Enrique Espinoza y fue realizada por encargo de la Universidad Nacional del Sur. Sin desmerecer en nada el conjunto, el agregado viene a probar aquello del Martín Fierro de que al canto "le faltaba lo mejor". Las "Otras coplas..." son, aparte de más numerosas, menos circunstanciales que las primeras, aunque, como decimos, unas y otras son excelentes muestras de la poesía de Martínez Estrada. Escritas todas como el resultado de una larga experiencia (experiencia que apela muchas veces a la lectura), tienen la impronta de la forma que parece brotada de la espontaneidad pero que es, precisamente, la expresión de lo más profundo. En este sentido se enlazan con la tradición de la copla, ya sentenciosa, ya irónica, ya exaltada, tanto en la afirmación como en la negación. De decantación habría que hablar antes que nada; de conocimiento y sabiduría nada comunes: de vida, en una palabra. Por lo demás, Martínez Estrada, innovador en tantos géneros, también en éste deja la huella de su inconfundible personalidad: la copla es a veces la estrofa de un poema, el apunte más que rápido o críptico. Cualquiera de ellas, tomada al azar, valdría para escribir una o más páginas (cuando no un tratado) de sus pensamientos o sentimientos de la vida, el amor, la amistad, el misterio o la muerte. El pequeño y cuidado volumen de "Sur" invita a la lectura.

"Yo, argentino"

Por Pedro Orgambide

(Alvarez)

Tras haberse ejercitado en la poesía, la novela y el teatro, Orgambide busca en el ensayo un modo más explícito de comunicación o indagación en la vida social y cultural argentina. Puesto a analizarlas a partir de ese compromiso más directo contraído con la realidad del país aparecen aspectos del problema que Orgambide se conforma con exponer, adoptando una actitud meramente testimonial, atribuible, probablemente, a la naturaleza conflictiva de un debate que vemos renovarse a cada vuelta de generación, debido a los continuos vaivenes —falla en los factores aglutinantes o estabilizadores— por los cuales la Argentina de Sarmiento ya no es la Argentina de Mallea. Orgambide podría esgrimir otra excusa: la dificultad en extraer de nuestro desorden anímico o existencial, un tipo humano de características inconfundibles. Cuando creemos haberlo logrado, descubrimos una imagen falsa, esa figura ideal —superpuesta— que el argentino se ha forjado de sí mismo, de acuerdo con la aguda percepción de Ortega y Gasset. Como hipótesis destinada a descubrir el tono dominante —la *faculté maitresse*— de la realidad nacional *Yo, argentino* resulta poco esclarecedor. Le falta método, visión y fondo y hasta perspectiva para juzgar muchos de los eventos de este siglo que han transformado en forma vertiginosa la fisonomía del país. No obstante, y a pesar de nuestro desacuerdo con algunos de sus enfoques, no podemos dejar de reconocer los méritos de información y de estilo de este libro polémico.

"El porvenir de las ciudades"

Por Raymond López

(Siglo Veintiuno)

En realidad, esta obra recogida por la serie "El mundo del hombre-arquitectura y urbanismo" ha sido realizada por un equipo de expertos en la cuestión, que Raymond López convirtió en libro con un prefacio o prólogo donde señala las razones de la mediocridad arquitectónica de hoy, que si bien expone algunos aciertos, son logrados al precio de grandes esfuerzos. "¿De qué sirve tener la nariz de Cleopatra —se pregunta el prologuista— si la frente es muy baja, los cabellos parecen estopa, las orejas se abren y el mentón se une con la nariz?". La comodidad y el bienestar deben estrecharse en la realización arquitectónica y será necesario pensar más en lugares de dilatación del ánimo que en techos. Habrá que entender que "la celda del monje es lugar de lucha y la del estudiante de reencuentro y descanso, ya que el silencio del estudio no es el mismo que el de la oración". Aire y sol son indispensables e indivisibles en la urbe para que pueda ser realidad hacer bien el trabajo, estar con los semejantes, admirar la naturaleza, vivir. Hay que preparar con esa conciencia a quienes habrán de enfrentar esas realizaciones, y es así que López enumera diversas razones indispensables para conformar al arquitecto y los apremia con estructuras de acero, cubiertas de concreto y revestimientos livianos, de todo lo cual era animoso sostenedor desde que en Francia se le encomendaron estudios urbanísticos. Fustiga los "bungalows" prefabricados que arrasan las bellezas naturales y los vacíos, esos vacíos por lo que el hombre siente horror y trata de llenar con cualquier cosa. Enumera el prologuista algunos consejos para quienes habrán de ser alguna vez arquitectos; señala la necesidad de cierto gusto por el riesgo, sentido de desinterés pecuniario, amor a la lucha (lucha contra sí mismo). Aquellos que no posean rasgos esenciales de carácter para realizar esa lucha no podrán emprenderla de ninguna manera. Entretanto, filósofos, sociólogos y arquitectos sueñan con crear ciudades ideales, tanto para amparar al hombre como para asegurar la autoridad del Estado. Mucho queda por decir del tema. Quienes han compuesto el libro se apresuran por ser breves y en profusión de grabados procuran hallar el mejor medio para transmitir sus inquietudes. La obra —muy bien presentada— incluye diversas experiencias y análisis que sirven de apoyo para señalar el camino de un nuevo urbanismo, que en rigor de verdad choca con la realidad, aun cuando fue la guerra la que hizo descubrir sus leyes.

"La Venus de las pieles"

Por Leopold von Sacher-Masoch

(Rodolfo Alonso Editor)

La literatura del extraño escritor austro-polaco Leopold von Sacher-Masoch dio origen a una serie de estudios médico-analíticos sobre cierto tipo de aberraciones sexuales a las que se ha denominado "masoquismo". A ello contribuyeron también las revelaciones de su mujer durante el juicio de divorcio, que difundieron las costumbres narradas por el escritor en buena parte de su obra. La nueva editorial Rodolfo Alonso difunde ahora la versión española de una de sus novelas más famosas y quizá menos conocida: "La Venus de las pieles". Más allá de las reacciones que pueda suscitar su lectura, la obra nos permite situarnos con mayor facilidad que cualquier estudio científico en ese desdichado y morboso mundo de Masoch, que acumula aquí todos los elementos necesarios para definirlo. Quizá muchas de las inquietudes de Masoch estén basadas en el papel de sujeción destinado a la mujer en su siglo; por eso admira a la mujer emancipada, aunque en aquella época la palabra tenía una clara connotación sexual. Trastrueca entonces los papeles y admira en la mujer un despotismo y una crueldad atribuibles a cierta clase de hombres; ser castigado, despreciado y lacerado por ella constituye para él el centro del placer. Agil y comunicativa, la novela interesa, aunque por momentos la insistencia de ciertas escenas, la repetición del proceso morboso, no se salvan si no se los interpreta con humor. Más atractivos son, tal vez, los documentos que completan el texto, uno de los cuales se debe a la mujer de Masoch, quien narra una insólita aventura, de indispensable lectura para comprender al autor. El volumen lleva también un prólogo de Gilles Deleuze.

Otros títulos

"Winesburg, Ohio", por Sherwood Anderson.

Este "best-seller" de hace casi cincuenta años se publicó en 1919. Las vidas y los sentimientos de los pobladores de una aldea norteamericana en una época en que la influencia de la sociedad industrial destruye antiguos conceptos son narrados por este escritor, que influyó en muchos nombres famosos de la literatura estadounidense. (Alianza Editorial, Madrid, 266 págs., 1968.)

"¿Qué es el urbanismo?", por P. H. Randle.

El autor, profesor de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, responde en este libro de la colección Esquemas a una serie de cuestiones sobre el tema, capacitado por su experiencia como profesional e investigador. (78 págs. Columba, 1968.)

"Sobre artes y oficios", por Mario Benedetti.

El prolífico ensayista, poeta, narrador y comediógrafo uruguayo publica aquí 28 artículos críticos escritos entre 1950 y 1966 sobre temas que van de Proust a Albee, de Barea a Salinger. (270 págs. Alfa, Montevideo.)

"Al diablo con la cultura", por Herbert Read.

Nueva edición de esta obra del crítico inglés recientemente desaparecido, donde discute "el liderazgo social del artista y del poeta", las fuentes de la cultura en la sociedad, el éxito del arte, su función y sus estilos. (200 págs. Proyección, 1968.)

"A favor de la pena de muerte", por Jacques Charpentier / "En contra de la pena de muerte", por Albert Naud.

En un solo tomito se exponen el pro y el contra de la pena capital, amenamente presentados por dos juristas franceses. Trad. de M. C. Pou Solanilla. (78 páginas cada parte. Ed. Pomaire, 1968.)

"Manuscritos", por Karl Marx.

En 1844 escribió Marx estos manuscritos sobre economía y filosofía, que durante casi 90 años permanecieron olvidados y hasta menospreciados por sus testamentarios. Se publicaron en 1932 y esta edición presenta, además de una introducción extensa de Francisco Rubio Llorente, una bibliografía y una cronología muy importante de la vida y obra de Marx. (249 págs. Alianza Editorial. El libro de bolsillo, Madrid, 1968.)

"La esquizofrenia en la mujer", por Harold Sampson, Sheldon L. Messinger y Robert D. Towne.

Estudio realizado en los Estados Unidos sobre 17 mujeres enfermas mentalmente y sus respectivas familias. Nuevo tipo de investigación sobre un problema psiquiátrico. (232 págs. Troquel, 1968.)

"El uturunco estaba entre nosotros", por Raúl Larra.

Novela político-social de tendencia previsible. (124 págs. A. Peña Lillo, 1968.)

"Las diez y media de una noche de verano", por Marguerite Duras.

Novela breve publicada en Francia en 1960 y traducida ahora. La trama se desarrolla en España y tiene por protagonistas a dos matrimonios de turistas franceses. (169 págs. Seix Barral, Barcelona, 1968.)

"Amazonas. Un mundo extraño", por Eduardo Barros Prado.

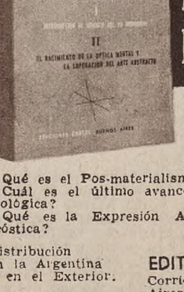
"Entre xavantes y kaiapos" es el subtítulo de este extenso relato de viajes por la zona amazónica, ilustrado con varias fotografías, y cuyo texto nos informa sobre la vida de tribus salvajes sudamericanas. (469 págs. Peuser, 1968.)

NUEVO APORTE A LA REFLEXION Y AL DIALOGO
EL CONTROL DE LOS NACIMIENTOS
en el pensamiento protestante
André Dumas
Pídalo ahora en las principales librerías
EDITORIAL Y LIBRERIA LA AURORA S.R.L.
Corrientes 728 - Capital Federal

BIBLIOTECAS DESMONTABLES

Lundiacita
gran variedad de modelos.
Financiación
CITA S.A.
Avda. R. S. Peña esq. Cerrito
Tel. 35 - 9029 - 9202 - 9446
dinam

EDICION MUNDIAL DE UNA OBRA-CLAVE EN EL PRESENTE



NOVEDAD EXTRAORDINARIA EN LIBRERIA
LA CONCIENCIA DRAMATICA
Yo Mundial; El Nacimiento (Introducción al Invento del de la Optica mental y La Superación del Arte Abstracto)
¿Qué es el Pos-materialismo?
¿Cuál es el último avance en la Investigación Psicológica?
¿Qué es la Expresión Artística basada en la Psicóstica?
Distribución en la Argentina y en el Exterior.
EDITORIAL PLUS ULTRA
Corrientes 569, 1º — Buenos Aires — T. E. 49-1532/0151

"No fue posible la paz"

Por José María Gil Robles

(Sudamericana)

MAS de ochocientas prietas páginas memoran cinco años de vida política española transcurridos entre 1931 y 1936. Gil Robles llegó muy joven a la actividad política. Tenía sólo 35 años cuando las elecciones del año 1933 le constituyeron en la principal figura del parlamento español. Pudo sentarse en la cabecera del "banco azul". Prefirió dejar ese cargo a otros jefes políticos y reservarse el de ministro de Guerra, desde donde realizó una obra positiva de revitalización del ejército español.

La rapidez de su carrera fue compensada con su brevedad. Desde el comienzo de la guerra civil ha vivido entre el retiro y el exilio sin atender ninguna responsabilidad política.

Gil Robles es por ello un cronista calificado de ese borrascoso quinquenio cuyos entretelones conoce muy bien. Treinta años han calmado en algo las aguas, y el autor, que en noviembre será septuagenario, puede mirar con serenidad y perspectiva los tiempos de su actividad pública.

Como el propio autor lo manifiesta en el prólogo, se trata de una autodefensa. De convicciones monárquicas, se le reprochó como traición una fidelidad a la república que al mismo tiempo resultaba sospechosa para los fervientes partidarios de ésta. Hombre de derecha moderada, fue blanco del fuego cruzado de las izquierdas y de los extremistas de su propio sector. Jefe de la más fuerte bancada entre las que integraron los tres parlamentos de la república (117 diputados en las Cortes de 1933 contra 116 de los socialistas en la constituyente), el complicado juego de equilibrios le impidió concretar sus programas.

La crónica viva de esa labor queda reflejada en las páginas del libro que aparece verosímil por el material que contiene y veraz por el acento con que lo expone. La extremada juventud de Gil Robles en los años de su acción política determina que sea, prácticamente, el único sobreviviente entre quienes participaron en esas enconadas luchas; faltan, así, testigos para ratificarlo o desmentirlo. También esa juventud de entonces le abre la posibilidad de mirar sus años de quehacer político a la distancia, hecho que le pone en mejor posición que a otros memorialistas, de indudable honestidad, que escribieron con las heridas menos cicatrizadas que el ya viejo jefe de la CEDA.

La minuciosa narración mira más a las intimidades de la vida política que a los acontecimientos, frecuentemente trágicos, que fueron su consecuencia, y por ella desfilan todos los hombres de la república española; si Gil Robles fustiga duramente a algunos, como a Alcalá Zamora (bastante próximo a él ideológicamente), habla con respeto y hasta admiración de algunos de sus adversarios, Julián Besteiro por ejemplo.

El clima de estas memorias es más defensivo que polémico, pero tal circunstancia no las priva de tener un vivo interés resultante de la conjunción entre lo que se narra y la forma en que se lo hace: no tienen pretensión de ser una obra literaria, pero están escritas por un hombre que sabe hacerlo y pintan un movido cuadro de la vida española vista por un observador sagaz.

El eje de esa preocupación defensiva es su paso por el ministerio de Guerra, donde designó como jefe de estado mayor al actual jefe del Estado español y tuvo como colaboradores a muchos de los futuros mandos de la revolución de julio de 1936. El autor niega tenazmente que desde ese cargo haya montado la maquinaria que habría de ponerse en marcha al año siguiente, y parece probarlo. Inclusive destaca cómo el entonces general Franco fue su mejor apoyo para disuadir a sectores más exaltados que deseaban lanzarse a la acción. La armonización de su ideología monárquica (de raigambre carlista) con el acatamiento a las instituciones constituidas, o explicar ciertos actos políticos, en apariencia incongruentes, también ocupa largas páginas, generalmente jugosas, de la obra.

Los últimos capítulos se tiñen con la evocación de las horas trágicas de la crisis: la destitución de Alcalá Zamora, los ásperos debates, la muerte de Calvo Sotelo. Y aquí debe señalarse que el título es, quizá, lo más polémico de la obra, que aparece entonces, al trascender el propósito de autojustificación, para venir a ser el análisis de un proceso político, que el autor juzga irreversible y fatal, pese a los esfuerzos que él y muchos otros hombres realizaron para evitarlo. El lector será quien habrá de juzgar si Gil Robles acierta; las muchas páginas son de lectura fácil y vale la pena enfrentarlas: se coincida o no con el pensamiento y la orientación política que reflejan, de cualquier manera ofrecen la oportunidad de conocer el testimonio vivo de un momento histórico de importancia capital. ≠

Gil Robles al salir de la primera consulta presidencial el 16 de diciembre de 1933

"Camino para tres fantasmas"

Por Luis Saslavsky

(Losada)

ENTRE nosotros, como en Europa, son varios los cineastas que se han puesto a escribir con resultados a menudo discutibles. El caso de Luis Saslavsky es totalmente distinto. Para entender su aparente vocación tardía debemos remontarnos a los principios de su carrera: Saslavsky no comenzó como cineasta sino como escritor. Su iniciación en el mundo literario fue un cuento mandado a LA NACION, publicado con éxito, y luego continuó con su tarea de crítico de cine interrumpida por su éxito de director cinematográfico en Hollywood, reanudada en diversos periódicos de Buenos Aires y al fin cortada definitivamente por su dedicación al cine, su alejamiento del país más tarde, y sus éxitos resonantes en París, donde dirigió a Yves Montand, a Belinda Lee, a Daniel Gélin, cosa de la que pueden jactarse pocos o acaso ningún otro director argentino.

Hace dos años apareció en Buenos Aires la primera novela de Saslavsky; su título brutal y directo sirvió a la vez para detener la crítica y acuciar la maligna curiosidad del público. No nos toca hoy referirnos a ella sino a este segundo libro compuesto de tres cuentos originales, chocantes, sorprendentes, llenos a la vez de ternura y de cinismo, de alegatos sociales y de un perdón comprensivo e irónico por todos los actos humanos. Los tres podrían ser guiones de películas por la forma directa en que están narrados los hechos, la prolijidad de las descripciones, la profusión de personajes con nombres y apellidos verosímiles, la unión estricta entre lo que cada uno de ellos siente y la actitud que adopta ante ese dolor, ese placer, esa ambición, esas circunstancias.

Luis Saslavsky

El primero de estos relatos, titulado "El manchao y los flamencos", comienza en la Argentina y termina en Europa; es la historia del más desdichado de los niños, el hijo de una mujer de mala vida, que lo sabe y lo acepta con la tranquilidad con que todos aceptamos el fatalismo de nuestro nacimiento. La unión entre la madre y el hijo durante su largo deambular por la pampa y las descripciones de nuestro campo están llenas de emoción contenida y sutil. Luego se quiebran de pronto en medio de acontecimientos que se escalonan rápidamente y de ese cordón umbilical le queda al joven una extraña modalidad: necesita la protección de la mujer para no tener miedo a la vida, como necesitaba abrazarse a su madre de noche en los trigales para no temerle a la oscuridad. Esta clase de hombres, cuando ya no son niños, suelen llevar apodos denigrantes, pero esa especie de inocencia de que lo inviste el autor lo redime de lo que en otro sería francamente desdeñable: él no quiere dinero, quiere protección; no lo impulsa la codicia, lo impulsa el miedo.

El segundo relato, "Gemini", es el menos original del volumen, pese al amor incestuoso de dos mellizos también atados como casi todos los personajes de Saslavsky por un irrompible cordón umbilical. Ocurren infinidad de cosas, transcurren todos los años que van de la niñez al final de la juventud, desfilan personajes precisos e imprecisos, protagonistas, extras, como en una película. El cine sigue imprimiendo su sello en estas narraciones afiebradas y dinámicas, donde las reflexiones más graves están expuestas en diez palabras y basta una frase para definir a un personaje.

El tercer relato nos sorprende. Se titula "El paraíso terrenal" y no sabemos si sonreír por la causticidad a la vez cruel e inocente que imprime el autor en toda su obra o rebelarnos por la ligereza que significa suponer que el más desheredado de los seres humanos puede considerar que una villa miseria es un paraíso. Por supuesto esto no está dicho porque sí; se apoya en un punto de comparación: la indigencia de algunos mineros del Norte, la falta de trabajo, la carencia total de agua y los kilómetros que hay que caminar para ir a buscarla, comparados con la relativa facilidad de vida de quienes se amontonan en colonias a orillas de la ciudad, el agua en la esquina, la conversación entre vecinas, la televisión comprada entre varios. Personalmente creo más llevadera la miseria en medio del campo cuando, hasta el horizonte, todo parece nuestro, y la comparación con los pudientes es tan lejana como con los reyes o los astros de cine internacional y no al borde de una ciudad poblada por una enorme clase media acomodada. Por otra parte no podemos afirmar que el autor comparta esta opinión sobre el paraíso terrenal dada por una mujer simple; el hecho de que el hijo sea un asaltante prueba que nuestra teoría es la real. Y acaso sea la suya. La madre es el protagonista final de esta historia atroz donde el lenguaje observa una naturalidad extraordinaria y se adapta a los hechos como un guante. Es ella quien responde a la policía: "Era un chico muy bueno... se educó bien..., los profesores lo querían". Y aquí encontramos en el autor al periodista nato, al que ve, mira, observa, capta la realidad inmediata.

Luis Saslavsky captó estas realidades, las tomó de lo vivo, y nos muestra con aparente candor la infinidad de taras ocultas del mundo en que nos ha tocado vivir. Nos parece oírlo decir como Baudelaire: "Hypocrite lecteur, mon semblable, mon frère". ≠

Silvina Bullrich

Libros recientes

"Coloquio con Berenson"

Por Umberto Morra

(Fondo de Cultura Económica, México)

Nació en las neblinosas orillas del mar Báltico y se educó en los Estados Unidos, pero en verdad maduró y se realizó bajo el sol de Toscana. Bernard Berenson es, antes que nada, un verdadero hijo de la maravillosa Florencia. Su espíritu se consubstanció con la cúpula de Brunelleschi en Santa María del Fiori, con el palacio Pitti, con el Arno y sus puentes, con las suaves colinas en que se aúpan los sabrosos viñedos. Berenson es, en pleno siglo XX, un renacentista, no un renacentista artificial o arqueológico; lo es vitalmente, de verdad; no es un arcaísta sino un hombre que ha sabido fundir armoniosamente ese ayer y el hoy, en apariencia tan distinto, en una rica arquitectura espiritual.

Umberto Morra es un periodista. El libro, sabroso para leer, posee las virtudes y adolece de los defectos que resultan de estar escrito por alguien de talento pero acostumbrado a la imperiosa premura de las redacciones.

Sin embargo, es fácil advertir su fundamental veracidad: la vivacidad espiritual, la ironía, la penetración —a veces cruel— de Berenson se transparenta en sus páginas. Puede haber error de palabras pero no de ideas; si Berenson no formuló alguna de las afirmaciones, juicios o apreciaciones que aparecen, bien pudo haberlo hecho: no serán de él pero son dignos de él.

Desde ya que el libro tiene un cierto desorden que es la mejor garantía de su valor. Morra simplemente transcribe conversaciones de amigo —en el marco espléndido de la Villa "Tatti"— que se extienden a lo largo de un lapso de casi diez años. Un hombre como Berenson no puede charlar con acentos de cátedra o de tratado; se reduce a dejar fluir la superabundancia de su reflexión, de su capacidad de contemplar; no puede sorprender, pues, tal característica en esos apuntes, que agrega al libro un especial atractivo —casi diríamos comodidad— para el lector: el poder acercarse a él, también sin orden, escogiendo cualquiera de sus páginas; sin lugar a dudas que encontrará en la que le toque en suerte un pensamiento feliz que le justificará el haberse permitido, en este mundo zarandeado de hoy, el pecado de perder cinco minutos leyendo un libro cuyas sentencias no le enseñarán el camino fácil del éxito sino la comunión con eso indefinible que es la belleza.

Bernard Berenson

"La estrategia de McNamara"

Por William W. Kaufmann

(Sopena Argentina)

Escribir la historia al tiempo en que los hechos investigados se desarrollan es frecuente en los Estados Unidos. El esfuerzo culmina, en definitiva, por ser una crónica exhaustiva y revisable, pues, cuando los años otorguen a los acontecimientos la perspectiva que sólo el tiempo concede. De cualquier modo, este tipo de trabajos constituye tareas encomiables cuando se ha sabido reunir una suma de material informativo con la agudeza analítica del señor Kaufmann.

"La estrategia de McNamara" brinda un estudio global de la gestión del secretario de Defensa de los Estados Unidos durante las administraciones de los presidentes Johnson y Kennedy y, aunque claramente comprometida en favor del señor McNamara, sirve seriamente a los lectores interesados en la política militar de la Unión. De suyo, la personalidad del ex secretario de Defensa —un republicano llamado al gobierno por dos jefes de Estado demócratas— irradia una inteligencia llamativa. Conviene, pues, verlo actuar, enfrentándose con los críticos que atacaron de uno y otro lado sus planes para el Pentágono.

Cuando McNamara se hizo cargo de dicha cartera, los Estados Unidos confiaban preferentemente su defensa a la estrategia de la represalia en masa. Lentamente, el nuevo secretario rectificó esta política y libró con éxito una batalla por la creación de una fuerza flexible, capaz de actuar triunfalmente en cualquiera de los planes en que en esta época se puede definir una contienda: la guerra convencional, la guerra nuclear, las guerrillas. Hombre surgido de la empresa privada, McNamara habría de adecuar su política general a un concepto que olvidan los burócratas con más frecuencia, por cierto, que los ciudadanos sobre los cuales recaen los tributos: la fórmula de "costo-eficacia".

Kaufmann ha sido durante muchos años asesor en asuntos de seguridad del Departamento de Defensa y actualmente ejerce una cátedra en la carrera de ciencias políticas del Instituto Tecnológico de Massachusetts.

"Los grandes filósofos - II. Los fundadores del filosofar"

Por Karl Jaspers

(Sur)

Para Jaspers, Platón, San Agustín y Kant son los tres grandes filósofos creadores que ha producido la humanidad. Su grandeza consiste en su ilimitación, en su proyección inextinguible, a través del tiempo, y en su incidencia fecunda en filósofos posteriores, sus discípulos y continuadores, a quienes no enseñaron una filosofía, sino a pensar, convirtiéndose así en elementos activos, y constantes, en la ininterrumpida evolución del pensamiento humano. "Pues que su comprensión no se agota —dice de ellos el ilustre autor en el prefacio—, no cesan las nuevas interpretaciones. De ahí la impresión de intocable grandeza, incluso cuando chocan con límites que desde otros puntos de vista pueden ser franqueados, pero de tal manera que no significa rectificación, sino complementación." A los tres filósofos citados, cuyas vidas y pensamiento filosófico se estudian en profundidad en esta obra, se opondrían otros tres grandes filósofos, igualmente trascendentales en la historia de la filosofía, pero cuyas doctrinas serían finitas, conclusas como se dice en la obra; Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y Hegel. Estos pensadores sistemáticos, por oposición a los nombrados en primer término, que serían los pensadores fecundos, gravitarían a través de la escuela, la doctrina y la facilidad de comprensión. Platón, San Agustín y Kant, en cambio, "despiertan en uno, conforme va comprendiendo, las propias fuerzas filosóficas". Pocos libros contemporáneos resultan, como éste de Jaspers, tan suscitadores de ideas y tan útiles para la mejor comprensión y asimilación del pensamiento filosófico de los tres maestros, a quienes llama con justicia "los fundadores del filosofar".

"Sociología y psicología social del grupo"

Por H. M. Johnson y W. J. H. Sprott

(Paidós)

Dentro de las múltiples especializaciones derivadas de la ciencia fundada por Hipólito Taine, acaso sea la que estudia los fenómenos de la interacción en el seno del "grupo" humano la que ha originado en los últimos tiempos mayor número de trabajos, ensayos y monografías. Es probable que esto se deba al hecho evidente de una creciente absorción del individuo en cuanto tal por las formaciones comunitarias. De ahí el interés de este nuevo aporte a la investigación sociológica realizado por dos prestigiosos autores. El estudio de lo grupal y de sus diversos modos de institucionalización da materia a la primera parte de la obra. En la segunda, el análisis psicológico de los nucleamientos humanos y su comportamiento en relación con determinadas "situaciones" profundiza en el tema hasta agotarlo.

"Memorias"

Por el mariscal Alphonse P. Juin

(Biblioteca del Oficial, Círculo Militar)

Es este el testimonio de un soldado de la Francia de la Resistencia, de un militar que en las horas más dramáticas de la ocupación de su patria mantuvo la llama viva de su fe en la libertad. Pero además de ser estas memorias un elocuente testimonio de una época es una aguda exposición de hechos y juicios. Los primeros se apoyan en la misma actividad específica del autor y los segundos constituyen la parte crítica de la obra. No pocos han sido los trabajos consagrados a la segunda guerra mundial. Y a esa copiosa bibliografía, acrecentada hace cuatro años al cumplirse los primeros cinco lustros de la gran conflagración, se añade esta obra esclarecedora, que si bien no sigue los pasos de la dramática hecatombe, ubica pormenores de la guerra de la que el nombrado mariscal Alphonse Juin fue figura de gravitante actuación, junto a otros grandes de esa hora de la historia de la civilización. Estas memorias se presentan en dos tomos, el primero de los cuales está dedicado a Argel, Túnez y Roma, el teatro de la guerra cuando Juin estaba al frente del comando en jefe de las fuerzas francesas de Africa del Norte. El mariscal francés abre aquí su archivo secreto y presenta al estudioso un panorama cabal de esas horas de angustias en que se jugaba la suerte de la humanidad. Particular interés tiene el segundo tomo, otro vivo testimonio de la liberación de Francia y el advenimiento de la IV República, la situación de Marruecos (1947-1951) y la Alianza Atlántica (1951-1958). Queda así este trabajo como la expresión fidedigna de una época y el análisis cabal de situaciones signadas por el heroísmo.

El mariscal Juin

"Verne: un revolucionario subterráneo"

Por varios autores

(Paidós)

Verne fue considerado durante mucho tiempo el autor de fantásticos relatos y novelas, destinados a la niñez y adolescencia, aunque leídos más o menos secretamente por cuantos deseaban evadirse de la realidad. Pero el tiempo demostró algo más. Sus fantasías científicas, sus inventos mecánicos, fueron anticipaciones extraordinarias del avance técnico que caracteriza a nuestra ya llamada era espacial. ¿Cómo ven entonces, los hombres de este singular momento, la obra de este visionario? Revolucionario subterráneo para M. Moré, cuyo trabajo inicia este mosaico de logrados ensayos críticos. Porque Moré encuentra coincidencias profundas entre Zaratustra y el Capitán Nemo de "Veinte mil leguas de viaje submarino". Es como el personaje de Nietzsche, inhumano, cruel, enérgico y calmo. Butor ("Lecturas de infancia") presenta sólo un esbozo, y es lástima, de lo que pudo ser un novedoso ensayo sobre la relación Verne-lector niño. Un mayor aporte crítico ofrecen los trabajos de Serres, Roudaut, Micha y, en especial, "Los náufragos en la tierra", en el que F. Lacassin revisa con aguda precisión los valores de la obra verniana. Pero lo fundamental es que de este análisis múltiple, desde ángulos tan distintos y tan actuales, se desprende una nueva y en cierta forma revolucionaria imagen del escritor. Lo que no justificamos es el curioso corte de palabras en el título de la tapa, que si bien es posible llame la atención, desconoce la regla del silabeo ortográfico, que, entendemos, aún los "revolucionarios" deben respetar.

Obras recibidas

El mundo y yo —versos—, por Berta S. de Roggiani, 98 págs. (Departamento de Publicaciones del Ateneo Poético Argentino, 1968).

Espiga, por Ofelia González de Sapone —poesías—, 73 págs. (Juventa, Montevideo, 1968).

Carlos Reyles —guía bibliográfica—, por Walter Rela, 67 págs. (Ulises, Montevideo, 1967).

Acevedo Díaz —guía bibliográfica—, por Walter Rela, 83 págs. (Ulises, Montevideo, 1967).

Papeles, Revista del Ateneo de Caracas. Nº 6. Abril, mayo, junio, 148 págs., 1968.

Del discernir frente al cosmos, por Alberto D. Cirelli. Fundamentos racionales de la filosofía de la naturaleza. 254 págs. (Plus Ultra, 1967).

Leandro Fernández de Moratín, por Beatriz M. de Fiore, 60 págs. (Centro Editor de América Latina, 1968).

Jesucristo en los infiernos, por Edgardo Ubaldo Genta, poema dramático, 129 págs. (Barreiro y Ramos S.A., Montevideo, 1968).

El grito, por Nélida Sardá, poemas, 88 págs. (Francisco A. Colombo, 1968).

Mitos, por Francisco Gandolfo, poemas, 71 págs. (El lagrimal trifurca, Rosario, 1968).

Crónica del naufragio del navío Nuestra Señora de la Luz (Montevideo 1752), por Juan Alejandro Apolant, 124 págs. (Centro de Estudios del Pasado Uruguayo, Montevideo, 1968).

Un monaguillo del honorable Steppenwolf, poemas, por Ignacio González Janzen (Contur, Lima, 1968).

Burbujas, por Serafín J. García, cuentos, 5ª edición, 137 págs. (Alfa, Montevideo).

Cuentos para niños grandes, por Renato Arnoff, 83 págs. (Ediciones del Candil, 1968).

Descanso en la montaña, por Ramón Fernández Latapiat, versos, 62 págs. (Ateneo Poético Argentino, 1968).

Las mujeres virtuosas, por Eugenia Calny, cuentos, 165 págs. (Instituto Amigos del Libro Argentino, 1968).

Amapola y canela, versos, por María Elena von Finck de Mántaras, sin número de páginas (La República, Rosario).

El proletariado en la revolución nacional, por Rodolfo Puiggrós, 174 págs. (Sudestada, 1968).

Viet Cong, Organización y técnica del frente de liberación nacional de Vietnam del Sur, por Douglas Pike, 261 págs. Trad. de Manuel Barberá (Sopena Argentina, 1968).

Checoslovaquia vuelve al socialismo, por A. Gorz y otros autores (99 págs., Universitaria, Sgo. de Chile, 1968).

El fin de las mujeres, por Ana Arauco, novela, 240 págs. (Instituto Amigos del Libro Argentino, sin fecha de impresión.

Psicología de bolsillo, por Luis Bernabé Natiello, 213 páginas (Colección Ciencia, 1968).

Rincón de tierra —versos—, por Nicolás José Labanca, 44 págs. (Ed. del autor, 1968).

Israel visto por ojos argentinos en su XX aniversario, por varios autores, 265 págs. (Instituto Judío Argentino de Cultura e Información, 1968).

Astromedicina. El diagnóstico electrónico, nueva conquista de la ciencia médica, por F. Brosig, 2ª edición, 225 págs. (Ed. del autor, 1968).

La China del siglo XX, por Georges Dubarbier, 245 págs. (Alianza Editorial, Madrid, 1967).

El bulevar de las ilusiones, por Guy des Cars, novela, 168 págs. (Juan Goyanarte / Editor. Trad. de Estela Canto, 1968).

Salud para la mujer, por Charles Richard Alsop Gilbert, trad. de Humberto H. Impaglione, 327 págs. (Sopena Argentina, 1968).

Santa María de los Buenos Aires. Origen y trayectoria, por Fr. José Brunet, O. de M.; 61 págs. (Consejo Nacional de Educación, 1968).

Giuseppe Marotta

LOS ALUMNOS DEL SOL

La mitología griega con el humor y la picardía napolitana.

En las buenas librerías y en...

Librería Editorial
Goncourt
MONTEVIDEO 1130
44-5084

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

JOSE ALVAREZ LOPEZ ANTONIO RIBERA
PABLO PONZANO MARIO FERRINI

LA VIDA EXTRATERRESTRE EL EJEMPLAR $ 600

LA POSIBILIDAD DE VIDA EN OTROS PLANETAS

RAMATIS

LA VIDA EN EL PLANETA MARTE Y LOS DISCOS VOLADORES EL EJEMPLAR $ 1320

Y MUCHOS OTROS TITULOS SOBRE EL MISMO PALPITANTE TEMA

Interior

Enviamos previo giro (agregar $ 40.- para gastos de envío) o por contra reembolso.

Visite nuestro gran salón de ventas donde hallará un extenso surtido en obras de arte, filosofía, psicología, ciencias, novelas y literatura en general

LIBRERIA KIER AVDA SANTA FE 1260 TEL 41 0507 8243

LIQUIDACION POR CIERRE

- DERECHO
- POLITICA
- HISTORIA
- FILOSOFIA
- SOCIOLOGIA
- PSICOLOGIA
- ARTE

HASTA EL 60 %

LIBRERIA
OMEBA
LAVALLE 1328 - Tel. 40-5126
Bs. As.

CAPITALISMO Y DEMOCRACIA

Por:
Aníbal Pereira Torres

El monopolio de capitales por el Fondo Monetario Internacional. Transformaciones en las estructuras económicas

Principales Librerías

Ed. distrib. Plus Ultra
Avda. Corrientes 569 - P. 1º
T. E. 49-0151

Novedades de Sudamericana

Griselda Gambaro
UNA FELICIDAD CON MENOS PENA
Mención especial premio Primera Plana - Sudamericana 1967. Jurado: Gabriel García Márquez, Leopoldo Marechal, Augusto Roa Bastos.
96 págs. Col. El Espejo. $ 300.-

Alberto Rodríguez Muñoz
EL GRIFO
"Una capacidad imaginativa, metafórica, siempre original que descubre una naturaleza escondida de poeta" (Angel Rama).
208 págs. Col. El Espejo. $ 560.-

Angélica Gorodischer
LAS PELUCAS
Colección de cuentos que muestran la versatilidad y el admirable oficio de la autora de OPUS DOS.
148 págs. Col. El Espejo. $ 400.-

José María Castiñeira de Dios
EL SANTITO CEFERINO NAMUNCURA
El autor de "Santos Vega" retoma una genuina tradición argentina, la del "relato en verso".
112 págs. $ 300.-

Rudolf Bultmann - Karl Jaspers
JESUS. LA DESMITOLOGIZACION DEL NUEVO TESTAMENTO
La historia de Jesús como la de un hombre encuadrado en su época, seguida por la famosa polémica entre el autor y Jaspers.
260 págs. Editorial Sur $ 620.-

G. Mialaret
PSICOPEDAGOGIA DE LOS MEDIOS AUDIOVISUALES EN LA ENSEÑANZA PRIMARIA
La información más precisa y actual sobre la última revolución pedagógica.
232 págs. Unesco. $ 780.-

Thomas Clayton
PSICOLOGIA DE LA ENSEÑANZA Y EL APRENDIZAJE
Un libro imprescindible para maestros y profesores, por un notable especialista en la materia.
304 págs. Hobbs-Sudamericana $ 400.-

REIMPRESIONES

E. Sábato / EL TUNEL / 4ª ed. Piragua / $ 200.-
R. Peyrefitte / LOS DOS AMORES / 3ª ed. Horizonte / $ 380.-
D. Carnegie / COMO SUPERAR LAS PREOCUPACIONES / 26ª ed. Cosmos / $ 650.-
D. Carnegie / COMO HABLAR BIEN / 24ª ed. Cosmos / $ 750.-
G. García Márquez / LA MALA HORA / 2ª ed. Indice / $ 250.-
G. García Márquez / EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA / 2ª ed. Indice / $ 150.-
G. García Márquez / CIEN AÑOS DE SOLEDAD / 9ª ed. / $ 680.-
André Malraux / LA CONDICION HUMANA / 8ª ed. Horizonte / $ 640.-
M. Vargas Llosa / LA CIUDAD Y LOS PERROS / 3ª ed. Indice / $ 400.-
E. Mallea / LA SALA DE ESPERA / 4ª ed. Horizonte / $ 400.-

Corpus Barga
LAS DELICIAS
Cuarto volumen de la serie "Los pasos contados", crónica brillante sobre la vida madrileña de principios de siglo. E.D.H.A.S.A., Col. El Puente, 320 págs. $ 980.-

Pedro Laín Entralgo
UNA Y DIVERSA ESPAÑA
Excepcional ensayo sobre la multiplicidad de caracteres españoles y sus consecuencias intelectuales, políticas e históricas. E.D.H.A.S.A., Col. El Puente, 275 págs. $ 840.-

Dos antologías de primera línea en la ciencia ficción preparadas por John Carnell:

UN PARAISO OLVIDADO
con relatos de Kapp, Pohl, Roberts, Morgan y otros. E.D.H.A.S.A., Col. Anticipación Nº 4, 230 págs. enc. $ 700.-

SUPERVIVENCIA
con relatos de Asimov, Stringer, Tenn, Etchison y otros. E.D.H.A.S.A., Col. Anticipación Nº 5, 220 págs. enc. $ 700.-

DISCOS LITERARIOS
AMB - Discográfica
PABLO NERUDA POR EL MISMO:
Los versos del capitán
L.P. 30 cm, $ 1.250.-

En venta en todas las librerías

EDITORIAL SUDAMERICANA / Humberto 1º 545 Buenos Aires

¿Qué ofrece el país a las nuevas promociones de médicos?

Para LA NACION **Por Sergio D. Provenzano** BUENOS AIRES, 1968

MUY pocos estudios se han realizado entre nosotros sobre el "status" socio-económico del médico. La Confederación Médica de la República Argentina efectuó una encuesta en 1963, procesada en el CONADE (1); en 1964, Justo M. Chuk y Simón Feld estudiaron el área de la provincia de San Juan; alguna referencia se lee en publicaciones del Instituto Di Tella del año 1963 (2), y hace pocos días el presidente de la Agremiación Médica Platense se refirió públicamente a los ingresos de los médicos basándose en informaciones aparentemente inobjetables. Todo lo demás que se ha dicho o escrito al respecto traduce opiniones, puntos de vista, aproximaciones o pareceres, cargados de motivaciones pero carentes de objetividad.

Las cifras de los ingresos de los médicos varían según se considere únicamente el producto del consultorio privado o se sumen otras fuentes debidas al ejercicio de la profesión (puestos públicos, atención de gentes mutualizadas, medicina laboral, docencia). El Instituto Di Tella —sin aclarar el origen de los ingresos— da la cifra de 13.739 pesos como mediana mensual referida a diciembre de 1961. En la provincia de San Juan (1963-64), el promedio de ingreso mensual *en consultorio* era de 29.300 pesos. La encuesta de la Confederación Médica es más completa: se tiene en cuenta la antigüedad en la profesión, el área geográfica de actividad, la especialización y el porcentaje de ingresos que corresponde a cada tipo de actividad profesional. De todo ello resulta lo siguiente (1962-63):

Ingresos totales atribuibles a la condición de médico
(cifras promedio)

1 a 2 años de antigüedad en la profesión	$ 18.790 mensuales
3 a 5 años de antigüedad en la profesión	$ 34.230 "
6 a 10 años de antigüedad en la profesión	$ 47.000 "

Y además: tres de cada cuatro médicos tenían puestos públicos; dos de cada tres atendían clientela mutualizada; uno de cada diez actuaba en fábricas o establecimientos industriales, *y dos de cada cinco médicos jóvenes (1 a 5 años de graduación) carecían de clientela privada.*

Ha transcurrido un lustro desde que hiciéramos aquella indagación. Como carecemos de información directa sobre las modificaciones que se hubieran producido, recurrimos a un camino indirecto para lograr pautas comparativas: el valor del dólar, cuyo encarecimiento suponemos —aunque con muy poca exactitud— que corrió paralelo con el incremento del costo de la vida. Reduciendo al equivalente dólar actual (1968) los pesos moneda nacional ingresados en 1962-1963, el cuadro anterior *debiera leerse* de la siguiente manera:

Ingresos totales atribuibles a la condición de médico de mantenerse la situación de 1962-63
(cifras promedio)

1 a 2 años de antigüedad en la profesión	$ 75.160 mensuales
3 a 5 años de antigüedad en la profesión	$ 136.920 "
6 a 10 años de antigüedad en la profesión	$ 188.000 "

En lugar de este panorama teórico, tenemos las declaraciones del presidente de la Agremiación Médica Platense, que divulgaron los periódicos del 26 de marzo de 1968: "El 90 por ciento del trabajo profesional —en la ciudad de La Plata— se cumple a través de mutuales y obras sociales. En tal concepto ingresan anualmente entre 800 y 900 millones de pesos, cifra que significa un término medio mensual de ingresos de 40 a 45.000 pesos por médico... Ese promedio, extendido al ámbito provincial, alcanza sólo a 30.000 pesos". Acotación al margen: el 70 por ciento de los médicos encuestados por la Confederación en 1963 sobrepasaba los 30 años de edad y mantenía familias con tres hijos como promedio.

El lamentable tufillo que se desprende de lo que venimos desarrollando, tanto más lamentable cuanto que se refiere a una profesión que siempre estuvo aureolada de prestigio carismático, ha de disgustar a más de un colega nuestro. Hemos leído las páginas admirables que consagra Osvaldo Loudet a nuestros médicos del pasado y valoramos la intrepidez con que hace extensivo al momento actual el alquitarado espíritu de los médicos de antaño. Pero creemos que es necesario hablar claramente de las posibilidades económicas de una profesión que se elige por vocación en algunos casos, y con la esperanza de vivir de su producto en los más. Digamos aquí, dirigiéndonos a nuestro auditorio de médicos recién graduados, que ellos, trabajando alrededor de diez horas diarias, con un descanso anual promedio no mayor de diecisiete días, tienen la auspiciosa perspectiva de poseer automóvil en el 91 % de los casos al cabo de 11 a 20 años de ejercicio profesional (según el área geográfica en que actúen), y de ser dueños de la casa en que viven en el 84 % de los casos una vez transcurridos treinta años desde el día en que salieron de la Facultad con el diploma debajo del brazo.

En compensación: ¿goza el médico en nuestro medio de la debida consideración oficial? O dicho de otro modo: ¿se tiene en cuenta la opinión de los médicos —manifestada por intermedio de las corporaciones que los agrupan— cada vez que deben arbitrarse soluciones a problemas asistenciales o sanitarios?

Los médicos están capacitados para emitir opinión en tales asuntos y para exigir que esa opinión sea tenida en cuenta. Entre el enfermo y su alivio existe un factor ineludible, que es el médico. Todo lo demás es aleatorio, circunstancial, coadyuvante.

Y bien: en el último decenio se acostumbra invitar a las asociaciones profesionales a integrar comisiones asesoras o grupos de estudio con miras a alguna acción gubernativa en materia de salud. Personalmente, hemos integrado tantas comisiones que nos jactamos de intuir, desde el comienzo, cuál será el último acorde de la sinfonía. Porque de eso se trata: de una sinfonía. Con gran despliegue orquestal (prensa escrita, radio, cine, televisión: "public relations") se escucha como primer movimiento, a nivel ministerial, una obertura en tono mayor, a la que siguen un "allegro con brio" subsecretarial, "andante con moto" que provee el director general y varios "moderatos" y "cantabiles" gorjeados por asesores de diversa categoría. El auditorio (las organizaciones médico-profesionales, algún técnico sanitarista y este o aquel representante de entidades "directamente interesadas") guarda el obligado silencio, ya que es costumbre que el público "no pueda entrar en la sala una vez comenzado el espectáculo". Nos retiramos de puntillas y nos ponemos ansiosamente en la tarea de acopiar información, redactar anteproyectos, citar asambleas. Los biblioratos aumentan en volumen. Al cabo del tiempo, cuando los ejecutantes oficiales han cambiado varias veces, con las consiguientes "primeras audiciones" a cargo del elenco renovado y el mismo respetuoso silencio del auditorio, se produce el "galop final": un trozo de partitura en el que no se reconoce nota alguna surgida de los elencos invitados a colaborar.

Anotemos, de paso, que el prescindir de la opinión de asesores idóneos como son las entidades profesionales conduce a la comisión de errores de muy abultado calibre. Un ejemplo, tomado al azar: en enero de 1965 el Poder Ejecutivo propuso a la consideración del Congreso un proyecto de "Servicio de atención médica para la comunidad". En los tres años transcurridos, el sustantivo "comunidad" se ha prestigiado tanto que el primitivo y muy meditado proyecto es interpretado en la siguiente forma (3): "Pero quizá lo más importante es que la Secretaría de Estado de Salud ha desarrollado una ley, y la está poniendo en práctica, de hospitales de comunidad. ¿Qué son estos hospitales? Primero, es evidente que existen comunidades; tomemos, por ejemplo, el caso de la Boca. La Boca no es sólo un barrio, sino una comunidad que se motiva, que de por sí quiere hacer algo para la Boca. ¿Por qué en vez de invertir en la administración de ese hospital, los vecinos representativos de ese lugar, comunidad en el más noble sentido, con fe en lo que viene de abajo, y cuyos responsables son de la comunidad y no lo oficial, no se hacen cargo de ese hospital y se responsabilizan frente a la comunidad?" Lo grave es que se pretenda llevar a la práctica desconceptos como los transcriptos ("se ha empezado ya esta tarea en Misiones; va a empezarse en Córdoba, en la provincia de Buenos Aires y Mar del Plata"), cuando ninguna entidad médica responsable, ni ningún sanitarista con conocimientos elementales, hubiera dejado de informar que los "servicios de atención médica *para* la comunidad" no significan "servicios de atención médica *de* la comunidad"; que los responsables de las prestaciones médicas son los médicos y las autoridades competentes y en modo algunos vecinos representativos de una "comunidad en el más noble sentido", por mucha fe que tengan "en lo que viene de abajo". Y acaso preguntarían si "comunidad" tiene varios sentidos: uno más noble, otro menos noble y un tercero innoble.

Resumiendo: *en el país no se tienen en cuenta las opiniones que sobre asuntos médico-asistenciales emiten —a requerimiento oficial o espontáneamente— las entidades profesionales o científicas que agrupan a los médicos.* Y si se tienen en cuenta, es para asignarles un número en el archivo.

Como corolario: *el médico joven emigra.* El presidente del Colegio de Médicos de la Provincia de Buenos Aires dijo, el 3 de diciembre de 1967 —aniversario del Día del Médico—, que 4700 graduados argentinos habían abandonado el país en los últimos años. Por nuestra parte, hemos estudiado la emigración dirigida hacia los Estados Unidos (4): la información que recogimos en el Department of International Health de la American Medical Association tiene alcance al mes de abril de 1964. Nada se ha producido entre nosotros que nos permita suponer alguna modificación en la tendencia evidenciada hasta aquel año. Por lo tanto:

1. — La emigración de médicos argentinos hacia los Estados Unidos es un proceso que, habiendo representado el 3,6 % *del total de graduados en el país entre los años 1959-61,* muestra indicios fehacientes de haberse incrementado en el último lustro.

2. — En el momento actual, algo más de un millar de graduados en escuelas médicas argentinas ejercen su profesión en los Estados Unidos.

3. — El 94,6 % de dichos emigrados realiza tareas rutinarias de medicina asistencial, por cuenta propia en el menor número de casos, por cuenta de terceros en la gran mayoría.

4. — El 80,6 % de los médicos emigrados desarrolla su actividad a cambio de un salario a tiempo completo que, en la enorme mayoría de los casos, sólo cubre sus necesidades primordiales.

5 — Unicamente el 5,1 % se dedica a la investigación y a la docencia.

No puede admitirse como razón excluyente el que nuestros médicos emigren a los Estados Unidos en procura de una mejor situación económica o para precaverse de la amenaza que contra el ejercicio liberal de la profesión pareciera estar latente en nuestro medio. Contra ambas posibilidades está la comprobación *de que en aquel país apenas ganan como asalariados lo necesario para vivir sin holgura,* en ocho de cada diez casos.

El motivo es otro: se emigra en busca de "condiciones" distintas. Fontana y Quesada (5) han completado nuestro pensamiento, enumerando taxativamente dichas condiciones: estabilidad, continuidad en la tarea, estímulo científico, seguridad y respeto a la jerarquía del trabajo profesional.

¿Emigran los peores, los desahuciados por incompetencia? Carlos H. Rizzi (6) nos da la respuesta analizando la información suministrada por el Consejo Educacional de los Estados Unidos para médicos graduados en el exterior. En el transcurso de 1965, 9981 médicos extranjeros rindieron pruebas de capacitación para ejercer la medicina en territorio estadounidense, representando a 91 escuelas médicas de distintos países del mundo. Y sobre el total de aspirantes, *la mejor puntuación como grupo correspondió a los egresados de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional de Buenos Aires.*

He aquí un limpio triunfo de nuestra docencia médica y la demostración del nivel intelectual de la juventud argentina. He aquí también un lamentable fracaso para un país que no puede ofrecer a sus universitarios el aliciente capaz de retenerlos.

Hoy se habla de planificación, reestructuración, racionalización y coordinación sanitaria en todos los niveles. Y no sólo se habla: un crecido número de técnicos se ocupa del problema en oficinas con encuestadores y computadoras al alcance de la mano. Pronto sabremos el costo exacto de un kilo (¿o un litro?) de la salud que se despacha en los hospitales. Enhorabuena.

Pero ¿y los médicos? Esos que saben que el sufrimiento tiene olor, color y temperatura; a esos a los que se recurre cuando algo sangra o duele en el cuerpo de alguien; de ellos, ¿quién se ocupa en los niveles oficiales? ≠

(1) S. D. Provenzano y D. M. Kurlat: "Estado socio-económico de los médicos argentinos". IX Congr. Méd. Soc. Panam. (Lima, 1966).

(2) Instituto Di Tella: "Los recursos humanos de nivel universitario y técnico en la República Argentina" (1963).

(3) Ministerio de Bienestar Social: "Introducción a los Recursos Humanos" (Buenos Aires, diciembre de 1967).

(4) S. D. Provenzano: "La emigración de médicos argentinos a los Estados Unidos". VIII Congr. Méd. Soc. Arg. (Córdoba, 1967).

(5) F. E. Fontana y E. A. Quesada: "Análisis y perspectivas de la localización de médicos en Argentina" (junio de 1967. Por publicarse).

(6) C. H. Rizzi: "Aporte al estudio de la capacitación de los médicos egresados de la Escuela de Medicina de Buenos Aires" (1965).

Utilización ferroviaria del túnel Santa Fe - Paraná

Para LA NACION **Por Ismael M. Cousseau** BUENOS AIRES, 1968

A fines del año 1965, siendo administrador general de la Empresa Ferrocarriles Argentinos, obtuve del directorio la aprobación de un proyecto para instalar una vía de trocha media —1,435 m., correspondiente al Ferrocarril Urquiza— dentro del túnel que se construiría entre Santa Fe y Paraná.

Entonces se comenzaban a fabricar los primeros cilindros en el obrador instalado en la costa en Paraná, por lo que fue necesario, una vez obtenida la referida autorización, hacer las gestiones ante Vialidad Nacional y la empresa constructora para que se incluyera la respectiva variante. Afortunadamente, tuvimos un amplio apoyo tanto de los entes oficiales como de la empresa contratista que permitió adaptar el proyecto original del túnel también al tráfico de ferrocarriles, modificando levemente las pendientes y los radios de las curvas en las entradas.

Los ferrocarriles Urquiza y Belgrano tendrían a su cargo los estudios de los accesos al túnel propiamente dicho, de los lados Entre Ríos y Santa Fe, respectivamente.

Como la solución del lado Santa Fe presentaba más dificultades que la que correspondía a Entre Ríos, había que definir si se utilizarían las restantes obras de la conexión, tales como los puentes sobre el río Colastiné y la laguna Setúbal, o se proyectarían puentes independientes para salvar estos cauces de agua. Al respecto, sobre la laguna Setúbal existen pilas y estribos correspondientes a un puente que tendió el ferrocarril Santa Fe, del que fueron retirados los tramos metálicos para ser colocados en la línea del ferrocarril Belgrano. Lo que había que hacer entonces era proyectar la construcción y colocación de nuevos tramos sobre las obras existentes.

En caso de adoptar la solución que consistía en utilizar la vía caminera, no había que hacer otra cosa que involucrar en las carpetas de desgaste de las nuevas obras de arte, rieles tipo tranvía, de los que hay nuevos en cantidades suficiente, sobrantes de tranvías de Buenos Aires.

Esta solución del cruce ferroviario por el túnel en construcción se aprobó teniendo en cuenta detenidos estudios sobre el tráfico actual y futuro entre la Mesopotamia y conexiones con Brasil, Uruguay, Paraguay y el resto de nuestro país.

También se trató de aprovechar el buen estado del material de tracción y remolque del ferrocarril Urquiza, especialmente para el transporte de cargas, y el estado de las vías, que si bien en algunos tramos era precario, había que mejorar en las líneas troncales para efectuar las conexiones indicadas.

El hecho de proyectar una vía de trocha internacional, es decir, llevar el ferrocarril Urquiza a Santa Fe, se hizo con la intención de construir en este último punto una playa de intercambio de "bogies" en los vagones, permitiendo que los vehículos de carga de trocha ancha, con gálibo igual a los de trocha media, pudieran circular por la Mesopotamia, llegando al Uruguay por el proyectado puente entre Colón y Paysandú y al Paraguay por el ferry-boat existente entre Posadas y Encarnación (Paraguay).

Además, con esta solución cualquier vagón del ferrocarril Urquiza podría llegar en todo el país a los lugares donde existe la trocha ancha.

Se completaba el proyecto con una instalación similar en Caseros, para ingresar vagones del lado sur del país por el futuro puente a construir entre Zárate y Brazo Largo, en un principio también proyectado para camino y ferrocarril.

En la playa de cambio de "bogies" en Santa Fe se proyectó cambiar el rodado a los vagones de trocha angosta del ferrocarril Belgrano, para remolcarlos como trenes "block" por las líneas del Urquiza hasta el intercambio con el Brasil en Uruguayana - Paso de los Libres, donde ya existe un puente internacional con vías de ambas trochas, que prácticamente todavía no ha desarrollado su cometido de vinculación ferroviaria internacional, pese a estar construido hace más de 30 años.

En este punto los vagones volverían a ser colocados sobre rodado de trocha angosta —un metro— que es la que allí corresponde a las líneas brasileñas.

El intercambio de "bogies" en los vagones de carga es ya una operación sumamente simple y se hace desde hace muchos años en dos puntos de la frontera española que conecta los ferrocarriles de la RENFE —trocha ancha, con la red europea, que es tipo normal, 1,435—.

También en Los Andes (Chile), permitiendo que los vehículos chilenos de trocha ancha lleguen por la línea del trasandino hasta Mendoza.

Como se ha expresado, esta solución contemplada y debidamente estudiada permitiría un interesante desarrollo ferroviario en la Mesopotamia con conexiones internacionales, ya que no hay accidentes naturales de importancia como lo son las altas montañas, que es necesario salvar en los dos intercambios con Chile y en uno con Bolivia.

Así se integraba un sistema de trocha media internacional entre los ferrocarriles de nuestra Mesopotamia, uruguayos y paraguayos, con una longitud de vías de aproximadamente 8000 kilómetros.

En el Congreso de la Asociación Latino Americana de Ferrocarriles, que se realizó en Río de Janeiro en 1965, se firmó un convenio internacional para intercambio de carga entre la Argentina y el Brasil por Paso de los Libres-Uruguayana, que fue ratificado este año por ambos gobiernos, lo que demuestra el interés que existe por esta conexión entre ambos países.

El cruce ferroviario por el puerto Colón - Paysandú permitiría a los vagones argentinos llegar al puerto de Montevideo, de aguas profundas con menos de 500 km. de recorrido.

Hace algunos días tuve oportunidad de visitar las obras correspondientes al túnel entre Santa Fe y Paraná, llegando por el lado Santa Fe a penetrar cientos de metros por los cilindros ya colocados bajo el lecho del río, notando que las modificaciones proyectadas a que hago mención al comienzo se están construyendo para poder colocar los rieles y que también se interconectan los cilindros entre sí por medio de dos vigas construidas ex profeso para salvar la discontinuidad entre un cilindro y otro al colocar la vía.

Los accesos están preparados para tráfico ferroviario y los radios de sus curvas también se adaptan.

Pero lamentablemente se ha resuelto que todas estas obras queden ocultas bajo la carpeta de desgaste de la calzada, ya que los ferrocarriles no cruzarán el túnel como se había proyectado.

Los argumentos que se me han dado han sido sin ningún peso, ya que el más serio fue manifestar que por medio de "containers" o "piggy-backs" podría resolverse la conexión ferroviaria, tan justificada con buenos argumentos.

Si se piensa traer carga "containerizada" a Santa Fe para ser descargada sobre camiones para atravesar el túnel, éstas jamás volverán a ser cargadas sobre vagón en Paraná, ya que las distancias a recorrer en la Mesopotamia no explicarán otro manipuleo y si entrega directamente del "container" por camión al consignatario.

Justo es hacer notar que sólo un 10 al 15 % de la carga ferroviaria puede transportarse en "container" y sin seguridad de retorno del "container" cargado. Amén de las instalaciones fijas que habría que hacer en todos los puntos a los que lleguen "containers" para su manipuleo.

Para aclarar algunos conceptos en lo que se refiere al transporte ferroviario a través del túnel, puede hacerse notar que utilizando sólo una trocha para uso ferroviario, durante dos horas por noche, podrían fácilmente pasarse dos trenes de 1000 toneladas de carga útil en cada sentido remolcando con tracción diesel eléctrica, de la que ya se dispone en el ferrocarril Urquiza en perfectas condiciones de uso, es decir, que no hay que hacer inversiones en este sentido.

Cuatro mil toneladas de carga útil equivalen a la carga que es posible transportar con 400 camiones de 10 toneladas cada uno, lo que da la medida de la amplia capacidad de transporte que se perderá al desechar el sistema previsto. La otra trocha, cuando se utilizara la vía férrea, podrá ser empleada normalmente por automotores en uno solo sentido, es decir, que la capacidad de transporte automotor sólo se vería disminuida en un 50 % por dos horas nocturnas.

Para justiicar esta premisa, en lo que a capacidad de transporte se refiere, conviene hacer notar que en el túnel que se proyecta bajo el Canal de la Mancha sólo se utilizará tráfico ferroviario y no automotor, porque ello significa utilizar al máximo su capacidad de transporte.

Como también se ha previsto instalar la vía férrea en una segunda etapa en el puente Zárate-Brazo Largo, el ferrocarril Urquiza sufriría su golpe de muerte en cuanto cualquiera de los dos sistemas de conexión comience a funcionar, excluyéndolo aunque sea temporariamente. Conviene tener en cuenta que el tráfico que se transfiere al transporte automotor no se recupera jamás, sobre todo en un país como el nuestro, en el que no existe una ley de transportes que ampare el sistema más conveniente para la economía nacional, sea cual fuere.

Si el ferrocarril Urquiza tiene que ser sustancialmente reducido, como sucederá, convendría desde ya ir tomando medidas para su justo dimensionamiento decreciente, no equipándolo más en lo sucesivo ni renovando obras fijas, tratando por lo tanto de estudiar la transferencia desde ya de su material de tracción y remolque sobrante a líneas de trocha ancha con cambio de rodado, aprovechando que el gálibo de los vehículos es similar.

El levantamiento de las vías, algunas de reciente colocación, podría suministrar materiales útiles para otras líneas que no sufran igual destino. ≠

TEMAS DE HOY - TEMAS DE AYER

Fachada principal gótico-mudéjar, construida el siglo XIV, del monasterio de Guadalupe, recientemente restaurado por el arquitecto Luis Menéndez Pidal. En primer plano, fuente granítica colocada aquí en el siglo pasado, habiendo sido empleada anteriormente como pila de cristianar y donde fueron bautizados los primeros indios americanos llevados a España por Colón

La Virgen de Guadalupe y la Hispanidad

Por Antonio Carmona Camacho

Para LA NACION — BUENOS AIRES, 1968

EL 12 de octubre, día del Descubrimiento de América, cúmplese también un nuevo aniversario de la coronación canónica, en 1928, como Reina de las Españas, de la imagen de Santa María de Guadalupe por el entonces rey Alfonso XIII y el primado cardenal Segura y Sáenz, con la presencia del episcopado español y altas autoridades civiles y militares.

La solemne coronación tuvo por marco el amplio atrio de la basílica de Guadalupe frente a la plaza Mayor, en el pueblo homónimo en la provincia española de Cáceres, y la elección de semejante título fue el resultado de estudios por parte de personas doctas de la Madre Patria de que dicha imagen y advocación mariana merecían plenamente el título que se grabó en su valiosa corona: "Reina de las Españas", o sea reina de todos los pueblos hispánicos, de lo que hoy día llamamos Hispanidad. Porque Hispanidad no es una cosa de hoy ni de los últimos años: la hispanidad ha existido desde el momento mismo del Descubrimiento de América, y si en un principio era el *Imperio español*, después se lo solía designar con el nombre de *Las Españas*, y así los reyes borbónicos en todas sus monedas e inscripciones se titulan "Hispaniarium Rex", lo que se hizo hasta Isabel II.

Fue el ilustre prelado vasco Zacarías de Vizcarra y Arana quien en 1926, residiendo en nuestra ciudad, propugnó que se llamase fiestas de la Hispanidad a las *de la Raza*, y defendió y reivindicó valientemente la labor de España en Iberoamérica, valorando la obra realizada, que ninguna otra civilización ha conseguido emular, y definiendo el término Hispanidad.

Ramiro de Maeztu —el inolvidable representante de la Madre Patria en nuestro país— sería el continuador de esta labor, y en sus escritos aparecen constantes referencias a monseñor Vizcarra. Maeztu afirma continuamente que el ideal hispánico está en pie y que mientras lleven nombres españoles la mitad de las tierras del planeta, por mucho que se haga por olvidarlo, la idea seguirá presente en las páginas de la historia universal.

Hoy, en su moderna acepción, Hispanidad es el conjunto de todos los pueblos hispánicos de Europa, América, Filipinas y territorios afro-hispánicos cuya cultura, lengua, religión, tradición, arte, etc., los distingue del resto de la humanidad. De haber estado vigente en 1928 la palabra Hispanidad, puesta en circulación años después, en la rica corona de la Virgen figurarían las palabras "Reina de la Hispanidad".

En España, y fuera de ella muchísimo más, existen personas que se asombran y experimentan sorpresa al saber que en un agreste y apartado rincón de la Península, a 230 kilómetros de Madrid, se levanta desde el siglo XIV un real monasterio, grandioso relicario de la fe, del arte y de la ciencia, que desempeñó un excepcional papel en la gran epopeya del descubrimiento, la conquista y la colonización española de América y que "hasta entrado el siglo XIX fue el más célebre de España y casi de la cristiandad" (1). Solamente el olvido y el desconocimiento han podido dar lugar a este lamentable fenómeno, que a veces acompaña a las glorias más legítimas.

La importancia del monasterio de Guadalupe comienza con su protector insigne Alfonso XI, edificador del santuario, quien al igual que los demás monarcas que lo sucedieron concedió a este monasterio numerosos privilegios y donativos. Santuario de Castilla por excelencia, Guadalupe era conocido ya a mediados del siglo XV en todo el mundo. Monarcas extranjeros y casi todos los reyes de Portugal oraron ante esta milagrosa imagen. Durante el reinado de los Reyes Católicos, cuando la Hispanidad llegó a su trance supremo con la unidad nacional y el Descubrimiento de América —las dos efemérides cumbres de la historia de España—, Guadalupe ya era un poderoso cenobio de la orden jerónima, con pujante vida religiosa, cultural y benéfica, en torno de la milagrosa imagen. Prueba de ello es la veintena de veces que Fernando e Isabel se postraron ante ella para implorar sus favores. Es preciso recordar la situación geográfica de Guadalupe, escondido entre los repliegues de las rocosas y bravías Villuercas, que "no está en una ciudad, como Santiago de Compostela o el Pilar de Zaragoza. No está cerca de una gran capital, como Montserrat de Barcelona o el Tepeyac de México. Está en una serranía agreste y despoblada, lejos de lugar habitado, fuera de cualquier camino transitado. Guadalupe no puede ser visitado *de paso*, como un número más de un viaje de recreo. Hay que hacer la jornada ex profeso, ponerse en peregrinación. Guadalupe no es camino de nada, y por él sólo se va a un sitio: a Guadalupe" (2).

Isabel lo visitó tanto que lo llamaba "mi paraíso" (3) y durante la campaña granadina se llegó allí cinco veces, y allí se hallaba descansando con su real esposo de las jornadas de Granada en junio de 1492 cuando firmaron las dos sobrecartas reales dirigidas al alcalde de Palos y a Juan de Peñaloza ordenando fueran entregadas al Gran Almirante las carabelas con su tripulación.

Colón, a su regreso del primer viaje y a punto de naufragar con la "Niña", se encomendó con sus compañeros a la Virgen de Guadalupe. El Gran Navegante conocería innumerables iglesias e imágenes españolas, portuguesas o de su país natal, suponiendo que éste fuera Italia. Pero en la hora de la máxima prueba, cuando está a punto de perder la vida y el fruto de su inmenso trabajo y siendo portador de la noticia más grande de la historia, no se acuerda de otro santuario ni advocación más que el de Guadalupe. Así puede leerse en el diario de Colón: "Jueves 14 de febrero. El almirante ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiciesen votos todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería" (4). El propio Colón fue el encargado de cumplir el voto y así lo hizo, presentándose allí descalzo y en traje de penitente, cuando cualquier otro, en esa hora de triunfo y cargado de laureles, se habría olvidado de su promesa. En su segundo viaje a América impone, llevado por su acendrada devoción a esta santa imagen, el nombre de Guadalupe a una isla de gran tamaño, siendo el primero de la larga serie de Guadalupes que más tarde continuarían brotando en América y que hoy pasan del centenar.

Otro hecho que relaciona a Guadalupe con la Hispanidad es el bautismo de dos indios americanos en el monasterio, que tuvo lugar después del segundo viaje, el 29 de julio de 1496, ofrendando el Almirante a la Virgen en esa ocasión dos lámparas de plata y varias joyas de oro.

Ante Ella se postraron los más grandes capitanes de la conquista, tales como los extremeños Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Núñez de Balboa, Pedro de Alvarado, Hernando de Soto, Sebastián de Belalcázar, Pedro de Valdivia, Diego García de Paredes, Francisco de Orellana, Nicolás de Ovando y tantos otros.

Los clásicos de la literatura de oro española mencionan a la Virgen extremeña y a su monasterio centenares de veces. Muchos de ellos se llegaron hasta allí, como el marqués de Santillana y Miguel de Cervantes, quien dejó en señal de ofrenda los grillos que usó en su cautiverio en Orán. Ercilla lo recuerda en el canto XXXVII de su famoso poema *La Araucana;* Góngora en varios de sus romances, al igual que Valbuena, Tirso de Molina, Vélez de Guevara, Calderón de la Barca y el gran Lope de Vega, sin olvidarnos del arcediano Martín del Barco Centenera, que en su poema *La Argentina* recuerda a Guadalupe y a su Virgen en varias de sus octavas.

También acudieron a Guadalupe los grandes místicos y santos, como Vicente Ferrer, Juan de Ribera, Juan de Dios, Teresa de Jesús, Pedro de Alcántara, Francisco de Borja, Juan de la Cruz, y, en el último siglo, el fundador de la orden claretiana, Antonio María Claret.

El papa Paulo III en 1535 concedió el famoso Breve para que todos los que visiten Guadalupe los días 6, 7 y 8 de septiembre —este último festividad de su patrona— ganen jubileo plenario y otras gracias.

La devoción americana a Guadalupe se vuelca en generosidad constante. Las más de las veces son joyas o piedras preciosas, lámparas de oro y plata, esmeraldas y objetos áureos, como consta en los Libros del Monasterio. Semejante río de donativos era invertido por los frailes jerónimos en empresas culturales y agrícolas, científicas y artísticas, y principalmente en socorrer, calzar y vestir a la interminable procesión de peregrinos que de todos los puntos cardinales de España llegaban hasta allí y a quienes como obligada limosna se daba hospedaje gratuito por tres días.

El Guadalupe de los siglos XV, XVI y XVII sólo podría compararse en popularidad y devoción universal al Lourdes o Fátima de nuestros días, y aun superó a ambos, llegando su fama a todos los rincones de América y Europa.

Luego de ser saqueado por las tropas francesas en las guerras napoleónicas, comienza una era de decadencia que se consuma en 1835 con la famosa ley de la Desamortización y la expulsión de los monjes jerónimos, dando fin a tan grande esplendor. Luego de años de abandono, en 1879 es declarado monumento nacional y en 1908 vuelven los frailes, esta vez los franciscanos, que comienzan con lentitud, por falta de medios económicos, las obras de restauración, que hoy cuentan con la ayuda del gobierno español y que están devolviendo al enorme edificio —el monasterio español de mayor extensión exceptuando El Escorial— su belleza primitiva bajo la dirección del arquitecto don Luis Menéndez Pidal.

Pío XII, por medio del Breve "Augusta Virgo Deipara", del 17 de junio de 1955, concedió la dignidad y título de Basílica a este templo insigne y proclamó Año Jubilar Guadalupense el de 1957-58, volviendo Guadalupe a ser la meca espiritual que antes fue.

En 1960, en presencia del cuerpo diplomático hispanoamericano acreditado en Madrid y autoridades civiles y militares, el entonces embajador de Chile, don Sergio Fernández Larraín, en representación de los primeros, hizo ofrenda a la Reina de la Hispanidad, Santa María de Guadalupe, de las 21 banderas de los países hispanoamericanos y de la de Filipinas.

Sin ser preciso extenderse más en destacar el significado histórico de la coronación de la Virgen un 12 de octubre por las máximas autoridades civiles y eclesiásticas de la Madre Patria, haciendo de este acto una declaración pública y explícita de su patronazgo sobre la Hispanidad, título que por derecho de historia ya tenía, con estas líneas sólo hemos querido poner de relieve la importancia de este monasterio durante las centurias pasadas y el cariño y la devoción que tuvieron a esta imagen de la Virgen de Guadalupe las generaciones que nos han precedido. ≠

Imagen de Santa María de Guadalupe, patrona de Extremadura y Reina de la Hispanidad, en su rico trono labrado con esmaltes donado por sus devotos de España y América en 1953, siendo éste el 7º trono que ha tenido ya la Virgen

Guadalupe cuenta hoy —contiguo al monasterio— con un hermoso y amplio Parador de Turismo con el nombre de Zurbarán, en lo que antes fuera Hospedería de Nobles, Colegio de Gramática y Hospital de San Juan Bautista, obras del siglo XV, recientemente restauradas por el gobierno español, que las adquirió a los marqueses de la Romana y del Riscal

(1) Constantino Bayle, S. J.: "Santa María de Guadalupe en Indias". Madrid, 1928. Pág. 288.

(2) Carlos Callejo Serrano: "Guadalupe y la Hispanidad". Madrid, 1965. Págs. 28 y 29.

(3) Jerónimo Münzer: "Viaje por España y Portugal (1494-1495). Madrid, 1951. Pág. 96.

(4) Arturo Alvarez, O. F. M.: "Guadalupe". Madrid, 1964. Pág. 81.